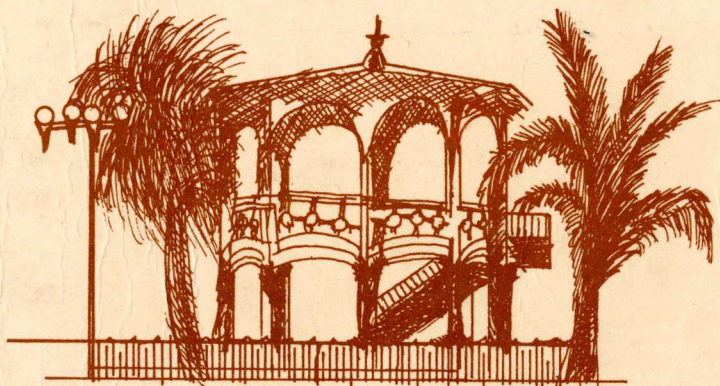


# La Paz de antaño

Relatos, Cuentos,  
Leyendas y Anécdotas



Por:

Rogelio

Olachea

Arriola .



*Por*  
*José Rogelio Olachea Arriola*

© 1990

# PRESENTACION

**E**sta segunda edición de relatos, cuentos, leyendas y anécdotas que aparecen en la presente publicación, fueron editados gracias al auspicio de la Profra. Ofelia Medina Santisteban de Higuera, coordinadora estatal de Promotores Voluntarios de la Secretaría de Educación Pública, para dar a conocer la fecunda imaginación de lo narrado a través de las letras del periodista sudcaliforniano José Rogelio Olachea Arriola, de quien sabemos solamente cursó la primaria elemental en la Escuela Superior N° 8, hoy Venustiano Carranza, de esta ciudad, en el año de 1938.

Desde muy joven incursionó como ayudante de tipógrafo en una de las imprentas de la localidad, trabajo que le permitió acumular un sinnúmero de experiencias que lo llevaron a colocarse como un periodista de fecunda pluma.

Gracias al interés que despertó la primera edición, este trabajo se imprime nuevamente.

La intención de la Profra. Medina de Higuera es que las jóvenes generaciones tengan la oportunidad de conocer *La Paz de Antaño*, sus costumbres, su tranquilidad provinciana y cómo nos sentíamos de una misma familia asentados en sólo tres barrios: el Manglito, el Centro y el Esterito.

Así tendremos, ellas y nosotros, más puntos de acercamiento y de identificación.

La Paz, Baja Calif. Sur, Invierno de 1990

Profr. Alvaro González Ojeda

## JOSE ROGELIO OLACHEA ARRIOLA

Nació en La Paz, B. C., el 19 de marzo de 1926, habiendo cursado el segundo año de educación primaria en la antigua escuela "Venustiano Carranza" anexa a la parroquia, en 1938.

Se inició en el periodismo el 20 de julio de 1940. Fue en la imprenta del periódico *El Eco de California*, ubicada en Madero e Independencia, en donde mostró su deseo de aprender tipografía con el director, don Ignacio Bañuelos Cabezud, fundador de este decano. Después de un tiempo de estar laborando en las cajas, pasó en 1941-42 a laborar en la imprenta del diario *Baja California*, que dirigía don Eduardo Garay Briggs en el Callejón 21 de Agosto, en donde desde un principio inició su colaboración en la redacción, y como reportero.

Este taller pasó a manos de don Jorge S. Carrillo, y prosiguió su apostolado colaborando de paso en *El Voluntario*, órgano del Comité Central de la Defensa Civil, en 1942, en donde publicó un artículo protestando por el hundimiento de los barcos mexicanos por submarinos alemanes.

Desfilan periódicos, entre ellos *Nuevas de Hoy*, diario fundado por don Porfirio C. Avena. Igualmente figura en ese lapso como editorialista en el trisemanario *Acción* (1951) que dirigía Francisco Díaz Bonilla, en donde tocó temas locales, nacionales e internacionales, así como el reportaje y la crónica policíaca.

Colaboró en las páginas de la revista mensual que dirigía don Prisciliano Díaz Bonilla *California Sur*. En el *Nuevas de Hoy*, que estaba en manos de Oscar W. Carrillo, trabajó y forjó a varios reporteros periodistas. Después, en manos ese periódico de Ventura Castro León, siguió en las letras como reportero y columnista, hasta que apareció de nuevo *El Eco de California*, ya como diario. en 1953, en el taller ubicado en Revolución y 16 de Septiembre, dirigido por Arturo Sotelo y Canett, mismo periodista que, al adquirir por compra esos talleres, publicó el diario *Ultimas Noticias*, después de haberlo maquilado en los talleres del *Baja California*.

En 1955 Rogelio Olachea publica, entre diversas columnas, la que denominó "Periodismo Dinámico," continuándola en forma ininterrumpida sin menoscabo de sus deberes oficiales.

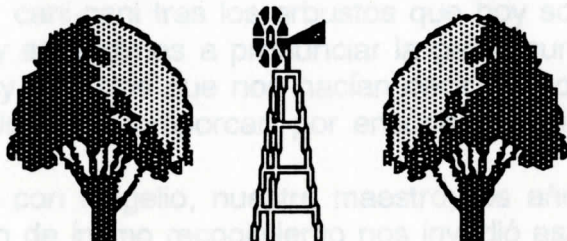
En el régimen del Gral. Bonifacio Salinas Leal fue comisionado como jefe de prensa del gobierno. Ha colaborado en revistas, semanarios, etc., y ha formado parte de los comités de prensa en los juegos deportivos y culturales territoriales.

Fue J. Rogelio quien obtuvo entrevistas personales con el periodista y poeta Fernando Jordán en 1950, para *Baja California*, y en 1956 para *Ultimas Noticias* donde, incluso, reseñó el funeral del inolvidable autor de "Calafia."

También fue enviado especial de prensa a los XIII Juegos Deportivos y Culturales, celebrados en Santa Rosalía en 1953.

J. Rogelio Olachea es autor de leyendas y cuentos regionales, y tiene dos obras inéditas sobre la historia de la ciudad de La Paz. Pertenece al Seminario de Cultura Mexicana, y el 7 de junio de 1972 el gobierno territorial le otorgó un diploma como el mejor columnista.

J. Rogelio Olachea aun sigue su labor, difundiendo las tradiciones de la península.



# LECTOR AMIGO NUESTRO

¿Qué sería de nuestra historia regional si quienes la huragan, analizan y ordenan no la dieran a conocer al pueblo, que es a quien fundamentalmente interesa?

Dentro del orden de nuestro programa editorial municipal, llevamos (eternos ambiciosos) la proposición de nuestra Comisión Municipal Cívica y Cultural ante el H. Cabildo, de que en el mes de mayo se editase, aun cuando fuera modestamente, un folleto conteniendo los trabajos de José Rogelio Olachea Arriola, el autodidacta ejemplar.

Ante ese singular requerimiento, el distinguido cuerpo edilicio en pleno, aprobó por unanimidad que, sin más tardanza que las limitaciones de tiempo a que nos sujetan los compromisos diarios, se pidiera a Olachea Arriola el rico acervo histórico-tradicional que guardaba hasta ayer en su viejo, destartado arcón de recuerdos.

Y ordenándolos para llevarlos a proceso de impresión, fuimos con cada uno de sus relatos al regazo de la abuela, de cuya dilatada vida alcanzamos a disfrutar el venerable ocaso; y leyendo a Olachea nos tramontamos a nuestros años mozos, cuando leer sus trabajos diarios constituía una especie de práctica de nuestras primeras letras, aprendidas apenas el día anterior. Y entonces, despojados de nuestras pasajeras investiduras oficiales, como que todo lo moral se transforma y acaba, fuimos otra vez los niños que acudíamos a comer "polvorones" y "chamucos" a la tienda de don Pepe Chacón. Y jugamos al cani-cani tras los arbustos que hoy son imponentes troncos, y aprendimos a pronunciar la gama curiosa de terminajos muy nuestros que nos hacían decir los vocablos "churido" por doblado, "emporcar" por ensuciar y "güilo" por baldado.

Vivimos con Rogelio, nuestro maestro, los años idos y una sensación de íntimo recogimiento nos invadió esa tarde.

¡Cómo no decir algo al respecto a su obra extraordinaria! El hombre que por sobra de modestia se aísla y se esconde de la futilidad de las glorias vanales y pasajeras que da el honor empapelado; el que siendo grande, sin saberlo quizá, amilana y minimiza su grandeza no encontrada aún, en una apasionada entrega al servicio de la colectividad, más ávida de *sno-bismos* que de romanticismo fiel, y ayuna, en su mayor parte, del que debiera ser obligado conocimiento de la historia y las tradiciones de su pueblo.

A esa gente habla aquí Rogelio. Esa gente que requiere, que pide a gritos la oportunidad de tener acceso al aprendizaje estricto de los más caros valores espirituales de su estirpe.

La historia la hacemos los hombres. Es una verdad irrefutable. Y Olachea Arriola, para escribir un trozo de ella, fuese lo mismo a la humilde casa techada de hoja seca de palmera del pescador señero, que a la pestilente pocilga donde ocurre la matanza burda y cruel, como al cálido fogón de la ladrillera india y primitiva. Todo lo recorrió en una ardua búsqueda del pasado inmediato, y no quedó aspecto más o menos interesante que este hombre singular, paladín de la narrativa, forjado en el yunque maravilloso del autodidactismo, no nos hubiera trasladado al papel.

La literatura regional tiene en Rogelio Olachea Arriola al más entusiasta y documentado cantor de los acontecimientos protocontemporáneos.

Carlos Domínguez Tapia, Promotor

Junio de 1973.

# ROGELIO OLACHEA

Por Néstor Agúndez Martínez

*"El periodista honesto tiene que procurarse otra ocupación para sobrevivir. Al deshonesto le es suficiente con serlo."*

**L**a verdad que en tu vida persevera  
es del periodismo luz que brota  
sin humillante o agresiva nota,  
por ser la honestidad, tu leal manera.

De informar al lector lo que él espera,  
como espera la tierra agua devota  
que nutra sus entrañas, gota a gota,  
y florezca gentil la sementera.

Tantos años al pueblo has entregado  
la noticia fecunda y constructiva,  
con virtudes que nadie te ha igualado.

Es tu palabra limpia y reflexiva  
que siempre al periodismo ha honrado  
porque es tu información fecunda y viva.



## A MANERA DE PRÓLOGO

*Gracias a la benevolencia del H. Ayuntamiento de La Paz, a través de su Comisión Municipal Cívica y Cultural, hacemos entrega a nuestros lectores de la primera parte de las leyendas y tradiciones de nuestro rico folclor.*

*Fruto de la investigación periodística, del relato oral, de testigos que vivieron la época y de datos del archivo de 1905 a la fecha, es este modesto trabajo.*

*Si salva o no la crítica que resultare posteriormente a su lectura, o la aclaración a su contenido, sean éstas bienvenidas como espontáneas aportaciones a la historia, que es del pueblo.*

*A él dedicamos, pues, este esfuerzo.*

# JUARITOS EL CAMPANERO Y LOS CANDELABROS PARA LOS DIFUNTOS

Nuestro templo, con sus torres renacentistas, es la estampa misional. Eran los tiempos en que estaba ahí la campana mayor, que al decir de las gentes tenía mucho oro cuando la fundieron en San Francisco.

Los días de Semana Santa un hombre subía por la escalera de caracol a repicar el sábado de Gloria. Los días de duelo, recordando la crucifixión, era la matraca. Era Juaritos el campanero, el guardián del templo y el fiel servidor del señor obispo. Servía además de acólito. Eran estrictas sus medidas cuando algún doliente llegaba a pedir los candelabros para el velorio y él preguntaba, por ejemplo, si el doliente se confesaba a menudo, o si el difunto había partido al más allá en pecado mortal, o era masón (en cuyo caso había reticencias, o ponía condiciones). Y cuando accedía, enviaba una admonición. Los candelabros se entregaban a un lado de la torre que da a la calle Independencia.

Durante los oficios, a la hora de la santa misa, nuestro inolvidable personaje, con su bufanda al cuello y sus antiparras (gafas), recorría el interior portando una bandeja que hacía llegar a los fieles para depositar la limosna; pero a veces usaba un cajoncito o cajita de madera que tenía de asidero un palo largo para que alcanzara a las devotas señoras, a quienes Juaritos hacía entender, ante el ingenuo disimulo, con un contacto discreto en la barbilla. Y así caían los centavos.

El campanero era, además, fiel a la doctrina cristiana, y a los niños los corregía. Cuando a la primera llamada de misa, Juaritos subía a las torres, a veces a doblar a muertos las esquilas. Cumplida su misión en las ceremonias religiosas, paseaba por el atrio protegido por la cerca de tablas y minaretes y los portones de madera labrada, que contrastaban con la entrada de la iglesia, en donde había que postrarse de hinojos al entrar, cuando en la custodia de oro era expuesto el Santísimo.

¡Qué tiempos de recogimiento espiritual! Tápalos y jaculaterías del Lavalle en manos de las señoras o caballeros, sin ninguna irreverencia o sacrilegio. Días que no volverán. 8

# LAS TROMBAS QUE AMENAZABAN AL PUERTO

La abuela nos relataba que las nubes eran observadas cuando tomaban agua del mar. Mucha gente iba al malecón durante las tormentas que en el pasado dieron origen al pavoroso ciclón de 1895. Bajaba la calle del Obispado una partida de gendarmes cuando vieron al sureste una enorme tromba que parecía que se movía en las tinieblas, mientras el viento soplaba con furia y levantaba los techos de las casas por los aires.

La "culebra de agua", como le decían, fue disuelta—según la conseja—por un conjuro, pero siguió su curso hasta caer en la montaña, cortando en dos uno de los cerros al oriente.

Sin embargo, se sabe que en 1918, durante el temporal, aparecen otras trombas, pero el viento las lleva a lejanos lugares. No obstante, se dijo que en esta ocasión (vemos las trombas en las fotos) el señor Vicario Juvencio Ramírez llevó a cabo un exorcismo, y alejó a las "culebras," las cuales se disolvieron a la altura de la Sierra de las Cachachilas. Estaban situadas casi a la altura de la punta del Mogote, y la gente, sin medir el peligro, se reunió en la playa para escuchar la turbulencia del fenómeno.

Otros dicen que el viento dominante del sur las llevó en ruta hacia El Coyote, donde descargaron en el mar. Si estos meteoros hubieran caído en la ciudad, unidos a las corrientes del ciclón, habría barrido el resto de las casas que quedaron en pie y, por supuesto, el saldo de víctimas hubiera sido mayor.

La fábula y el mito pasaron por la mente de muchos panceños, quienes de todas formas vieron que en la Plaza Velazco habían caído pargos, botetes y sardinas, que la tromba arrojó a su paso al succionar el agua del mar.

Fue enconces cuando EE. UU. envió materiales para construir casas prefabricadas de madera, que en número de cuarenta todavía se pueden ver algunas frente a la urbanización actual de los barrios del Manglito y el Esterito.

# EL CORO DE LA PARROQUIA

EL abuelo suspira por el coro de la parroquia de aquellos días. Lo integraban voces escogidas que lo mismo cantaban una misa de requiem, un miserere o las tradicionales misas de gallo.

El armonium, el piano, la viola, el salterio, el cello, acompañaban las voces de Panchita Romero, Adolfinia Romero, María Gorosave, Madame Charlotte, Herlinda von Borstel, Lupe Talamantes (eminente pianista), Soledad Casillas, Teresa Maldonado, Cayuya Isáis, Carmen Cota, Carmen Almada, Julia y María Viruete. Faltan muchos nombres por mencionar, pero éso no basta para que los supervivientes vuelvan a hojear el álbum de los tiempos idos.

Evocamos el pasado porque contamos con valiosos testimonios de personas que presenciaron los hechos, y en otros casos tenemos que seguir un relato que el lector se encargará de rectificar.

Nuestra intención es noble porque tiende a conservar en letra impresa algo que puede enseñar, en esta época de juventudes alocadas con ritmos decadentes y mentes enfermizas, a no echar tierra al cofre de las remembranzas.

## LOS CARNAVALES DE ANTAÑO

Al recordar los carnavales y a la primera reina, la Chacha Labastida o Manuelita Martínez, viene el recuerdo de las bandas de Sinaloa: Joaquín Soberanes, los Mavaris, los Cabanillas.

La tambora y el redoblante se perdían entre la risa y el vocerío de la gente que llenaba la plaza, alumbrada con mecheros de petróleo.

Los músicos vestían uniformes de kaki y sombrero de palma.

# EL FOTOGRAFO MARAVILLA

“Fotografía Artística” era la denominación de los estudios de don Rafael Castillo, el que se anunciaba como especialista en fotos amplificadas de 8x10 y 20x21 pulgadas, y anunciaba un gran surtido de vistas de la ciudad, del Partido Sur y Centro de Baja California, portarretratos y oleografías. Allí acudían las señoras con sus vestidos de larga falda que tocaba el piso, para retratarse con su esposo de pie. La dama, luciendo un peinado a la moda, y él con sus mostachos, chaleco y botines. El magnesio iluminaba el estudio, como los modernos equipos de *flash*.

Don Rafael se movía con su cámara negra introduciendo el brazo por la manga protectora para obtener las mejores placas.

Los matrimonios llegaban con un séquito numeroso. Dos pesos la docena de fotos *mignón*, en negro o sepia. Afuera colgaba un cuadro con fotografías de muestra. ¡Qué tiempos aquellos!

El domicilio de este émulo de Lumière estaba donde hoy se encuentra la tienda Beauty Supply, en Zaragoza y Puerto.

## “EL ECO” DE DON NACHITO BAÑUELOS

Donde ahora se encuentra la residencia de la señora Elena Ruibal (Constitución y Francisco I. Madero), podemos ubicar en el recuerdo la histórica imprenta de don Nachito Bañuelos Cabezud, donde, junto con don Félix Ortega, editaba El Eco de California.

Ambos precursores del periodismo revolucionario han fallecido, pero cabe señalar que de esos talleres salieron tipógrafos como don Marcos J. Lara, que fuera director de la imprenta oficial; don Prisciliano Díaz Bonilla, quien además de delegado federal de Industria y Comercio, hasta el último momento de su vida siguió ejerciendo el periodismo.

Otro cajista que recibió los conocimientos de don Ignacio Bañuelos fue Roberto Contreras, y otros, que todavía se acuerdan de don Nacho, una figura que, junto con ellos, con virilidad se enfrentó al atropello, dignificando siempre al cuarto poder.

# MISTER ELMER A CABALLO

Causaba admiración su apariencia singular de Don Quijote en su rocinante, cuando cabalgaba por las calles paceñas en aquellos tiempos. Era mister Elmer, un vicecónsul inglés que habitaba una casita situada donde se encuentran ahora los almacenes de maquinaria de la firma Ruffo Hermanos. Su caballo era tan flaco que la montura se perdía en los huesos del noble animal.

Mr. Elmer era espigado como el ilustre manchego y sostenía un paraguas para librarse del sol abrasador, antes de perderse en los sombreados callejones.

La palomilla de aquellos tiempos no lo dejaba en paz, y en los carnavales de antaño se aludía al súbdito del Reino Unido en las fiestas de comparsas.

## EL LISTO POMPOSON

El cuerpo de gendarmería, compuesto de 18 individuos gallardos, luciendo casco a la káiser, en acémilas bien proporcionadas, era orgullo de su comandante jefe. Entre estos guardianes se encontraba el pintoresco Pomposón, con su figura regordeta. Cuéntase que no sabía leer ni escribir, y de ello se derivó esta anécdota.

Una noche, al filo de las doce, pasaba en su cabalgadura por una calle apenas alumbrada por un romántico farol de petróleo, y divisó a un grupo de noctámbulos que le tupían a la serenata. El gendarme se apersonó con el que hacía cabeza en el grupo y le dijo al desmontar de la acémila:

—¡Muéstreme el permiso!

Al instante le fue presentado un papel que don Pomposo miró de cabo a rabo, y luego añadió:

—Bien, bien. Sigán tocando.

La puntada consistió en que el guardián era analfabeta y el dichoso "permiso" era una licencia para matar puercos en el rastro, que ocasionalmente llevaba el trasnochador en el bolsillo.

## ORGANILLEROS DEL ESTERITO

No crea usted que hace sesenta y tantos años el barrio de El Manglito permanecía triste por falta de esparcimiento. Las familias se deleitaban escuchando las serenatas de los organilleros, que cobraban \$1.50 por toda la noche.

Muchos se acuerdan del "Cilindro Burro," denominado así porque el mueble pesaba mucho y sólo entre cuatro personas podían llevarlo por las tortuosas veredas del barrio.

El vals *Sobre las Olas*, de Juventino Rosas, era la pieza preferida de los pescadores, porque les recordaba el diario bregar a bordo de sus frágiles embarcaciones.

## EL ALMIRANTE OBREGON PERLA

Obregón Perla era el personaje singular que diariamente encontrábamos en las calles paceñas, con su saracof y su indumentaria distintiva, llena de alambres y pedazos de metal en la casaca, y los dedos de las manos con tuercas a guisa de anillos.

Su andar acompasado lo hacía soñar mientras se encaminaba al viejo mercado Francisco I. Madero, que estaba en la calle del mismo nombre, y a tiendas ya desaparecidas, entre ellas El Huracán, de don Alejandro Gallo, en la avenida 5 de Mayo.

Allí acudía por una gruesa de puros que el tendero le obsequiaba, y Obregón Perla, como lo hacía en los lugares públicos, se jactaba de ser un gran almirante porque tenía, según decía con aplomo, su flota de barcos anclados en la bahía.

La gente que lo encontraba le expresaba a manera de saludo: ¡Adiós, almirante!

Y él, tomando una varilla de acero a modo de bastón, lanzaba el parte del día:

—Voy a mi barco insignia para zarpar a los siete mares....

Y se alejaba rumbo al malecón a paso marcial, con sus botines de lona que eran parte de su uniforme.

Con Obregón Perla se fue un pasado romántico de la ciudad de La Paz. Al morir, su flota se perdió en el mito de este personaje cuyo nombre sólo aparece en una lápida del panteón.

## **EL BARRIO DE LAS LADRILLERAS**

Esta denominación correspondía en aquella época al barrio aledaño al panteón de Los Sanjuanes, pues al día se producían miles de ladrillos en los distintos hornos que dejaban ver las columnas de humo.

Se mencionan los nombres de Manuel Cienfuegos, Miguel y Cristino Lucero, que eran artífices del "quemado" del barro colorado para fabricar este material de construcción, que ahora está siendo desplazado por los "bloques" a base de concreto. Ahora son muy pocas las ladrilleras que quedan de aquellas que designaron así a uno de los barrios de la vieja ciudad.

## **CACHENO, EL ETERNO PRESIDENTE MUNICIPAL**

A fuerza de insistir, don Jesús Tagle, alias El Cacheno, llegó a ser un político de tiempos idos. Un idealista que pugnaba por mejorar las condiciones de vida de la comunidad. Fue célebre su ambición de ocupar la presidencia municipal, y era tal su obsesión que cada vez que se aproximaban elecciones publicaba un manifiesto dando a conocer su programa de trabajo, y se allegaba partidarios por su facilidad para expresarse.

Quizá en su calidad de candidato, jamás abusó de la promesa, ya que solamente soñaba, como aquel famoso don Ramón, de La Paz, que aspiraba a la presidencia de la república.

Mencionan que Cacheno decía: "El día que entre por esa puerta (señalaba el antes y ahora Palacio Municipal) la ciudad lucirá nuevas galas y se acabará el "besamanos," porque yo seré electo por el conglomerado. Voten por mí. No se arrepentirán.

Don Jesús Tagle dejó quizá escritas sus memorias, pero nadie se ocupó de recoger sus papeles. Eran los tiempos ya pasados en que todavía se escuchaba la conseja y el arrullo del vals pueblerino con la orquesta del Copetón y Chamustreta.

## **MACKLIS, EL HERMANITO**

Así le conocimos todos, por Macklis. Su apellido era para todos el nombre de este personaje, que en forma cotidiana deambulaba por las calles y era asiduo concurrente al viejo mercado. Quien lo observara, era común que desde lejos lo identificara por el tambache o bulto de papeles que colgaba de sus hombros.

Usaba un sombrero con el ala caída y el pantalón remanado para que le permitiese lucir las teguas.

Al llegar a ciertas esquinas, bajaba su bulto de papeles y ropa vieja y se desplazaba a media calle para iniciar allí lo que ya parecía un rito: daba vueltas en círculo llevando sus manos a la nariz y soplaba con fuerza, como si se sonara, alternando las manos. Cumplía con este acto, que repetía en varias calles, y proseguía su camino con su frase original: "Hermanito, Juan Tatabate o Caguaseca." Sin duda aludía al jefe de las tribus yaquis.

Si alguien le ofrecía un bocado en un plato, él lo arrojaba a un tambo o lata, y se lo llevaba al muelle. Allí, bajo techo, devoraba con apetito la mezcla de lo que las gentes le ofrecían en forma caritativa.

También Macklis iba de casa en casa para hacer mandados o pasear a los niños, que le escondían el tambache a este pintoresco personaje.

## **TIENDAS QUE DABAN EL BUEN PILÓN**

¡Qué tiempos, señor!

Cuando los clientes madrugadores llegaban a "La Diosa Ceres", la tienda de don Apolonio Casillas, ubicada en la esquina de Madero e Independencia. Todo barato, y le daban su "pilón", consistente en su cuarterón de panocha o un buen pedazo de queso.

Comercios donde cada consumidor tenía derecho a que ingresaran a un envase de latón varios granos de maíz por cada compra, los que al ser canjeados, se convertían en obsequios.

"La Ochavada", en la esquina de 16 de Septiembre y Belisario Domínguez, cuyos almacenes mandaban arrojar a un ba-

rranco cercano la panocha revenida (húmeda), o quesos parcialmente dañados.

Los vecinos tenían fiesta porque la abundancia de estos artículos les permitía obtener los sobrantes.

#### PRECIOS DE REMATE:

Huevos .....	\$0.02 cada uno
Pan de 80 gramos.....	"0.05 pieza
Maíz.....	" 0.08 kilogramo

## EL CARNERO, JESUS GARCIA

Era el homónimo del Héroe de Nacozari, aunque nada tenía que ver con él. Las calles tenían para él las dimensiones de un hogar, y en cada casa tocaba la puerta en busca de chamba que, por lo general, consistía en barrer los patios, corrales o hacer mandados a la tienda de la esquina.

Vestía camisa de percal y pantalón de mezclilla, sombrero de palma y huaraches de llanta, y usaba una reata a modo de cinturón. Un ojo mostraba una nube que le cegaba la visión. Llevaba un morral al hombro en que depositaba lo que podía 'obsequiarse' por sí mismo, pues dice el relato que en tiempos viejos había mucha carne, la que ponían a secar en los mezquites y palos verdes de cada vecindad.

El Carnero (de ahí su mote), desplegaba febril actividad con la escoba o la azada y, en un descuido, desaparecía *incontingente*, sin esperar la paga, pues se llevaba huesos con carne y su filete oreado al sol para hacer machaca.

Otra anécdota indica que una noche lo encontraron con un catre en hombros, a deshoras, y al increparlo el gendarme acerca del mueble, le respondió muy ufano:

—¡Vaya! ¿A poco no puede uno cambiarse de noche?

Agregan que era un buen andarín, ya que cubría a pie grandes distancias de La Paz a San Pedro. Los niños lo rodeaban, pero al hacerles un guiño malicioso corrían a esconderse del Carnero, cuya fama corrió pareja a sus ocurrencias.

Murió desamparado de todos los que lo conocimos y lo apreciamos como parte de nuestra tradición pueblerina.

# **DON JESUSITO, RATON DE LA IGLESIA**

EL calificativo no era para ofender a la persona de esta figura menuda de nuestro amigo, que asistía diariamente al templo y comulgaba con devoción.

Su nombre se me ha extraviado por el momento, pero a modo de anécdota se cuenta que don Chuyito se detenía después de la misa de seis en el atrio de la parroquia, y al salir los fieles seleccionaba con la vista a las señoras más reacias a confesarse y les decía a manera de admonición: "Se van a condenar. Id al confesionario. El diablo anda suelto."

Don Jesusito lograba su propósito porque las personas a quienes amonestaba se volvían contritas y arrepentidas.

Frecuentaba la sacristía y conversaba con los sacerdotes, quienes lo apreciaban bastante. Usaba bombín, el clásico bastón y traje negro con levita. Cuando murió, lo lloró la comunidad de feligreses, quienes lamentaron su ausencia del templo.

## **LA FUENTE DE SODA CON POPOTES**

Donde estaba la tienda La Palma (Zaragoza y 16 de Septiembre), podía verse, en aquellos días en que se marchaba con violín, un establecimiento "moderno", o sea una fuente de sodas, sitio de reunión de las familias distinguidas, encabezadas por don Simón y don Susanito.

Por vez primera se vendían refrescos en picheles acompañados por un popote para sorber el líquido, y era tal la utilidad de semejante instrumento que los chamacos lo utilizaban para soplar a manera de cervatana, disparando bolitas de árbol de la India, que iban a lastimar a más de una señora en sitio cercano al polizón.

Ahí se comentaban las hazañas del bandido generoso que robaba para los pobres (Chucho el Despedazado), o el terror que causó la aparición de un "nagudo" en el Callejón del Toro. Los señores se ufanaban de tener entre sus afeites el mejor cosmético para atuzar el bigote y los más eficaces tirantes para sostener los calcetines. Los niños solían salir a la banqueta a jugar a la Peregrina o a los Encantados.

## LA CASA DE EMPEÑO (MONTEPIO)

Frente a la actual tienda Beauty Supply, donde se encuentra la negociación La Ciudad de Viena, se encontraba la Casa de Empeño "Montepío", al frente de la cual despachaba el señor Gabriel Santiesteban. Se formaban varias colas con gentes que acudían a empeñar desde un sartén o una cazuela, pasando por el menaje de la sala (sillas estilo Luis Juan Cuerdas), hasta el piano de cola en que tocaba la señora Blancarte o Quesadilla.

Vitrolas antiguas, pianolas, arpas, violines, mandolinas, todo iba a ingresar a este Montepío (panacea de los pobres), porque los ricos seguían la misma política de hoy: acumular el dinero a costa de la miseria de los demás.

Un verdadero bazar donde el reloj de péndulo se jactaba de opacar la fama de un reloj de bolsillo marca *Ferrocarril*, orgullo de nuestros abuelos.

## LOS ENTIERROS Y LOS VELORIOS

El viejo panteón estaba en el terreno donde vivió don Manuel Gómez Jiménez (Guillermo Prieto, entre Reforma e Independencia). Rodeaban al camposanto mezquites, choyas, cardones, palos verdes, pues el monte llegaba entonces a la altura de la calle Guillermo Prieto.

¡Qué distintos eran los funerales de antaño! El cortejo seguía al féretro, que era cargado en hombros. Sólo se escuchaba el paso de los asistentes, vestidos de riguroso luto. Nadie hablaba en el trayecto.

Después los restos eran llevados en una especie de armón tirado por seis briosos caballos, hasta llegar a la carroza, a la cual sustituyó el moderno vehículo de motor.

Y los velorios, ¡qué respeto, señor! Nadie conversaba en voz alta, ni se bebía en exceso, ni se relataban cuentos de espantos.

Ahora, con honrosas excepciones, los duelos se convierten en sitios de confidencias en voz alta y los asistentes llegan en busca del café y del menudo.

# **POLICROMIA DE AZUCAR TRANSPARENTE**

Viene el recuerdo de don Pedro Lieras, el hombre hacendoso. En un horno ubicado en la vecindad, frente al lugar del antiguo mercado Madero, introducía un puerco, que con su arte culinario era sacado en su bandeja, con la piel frágil y llo-rando grasa abundante. Estaba listo para la clásica barbacoa.

Y quién no observaba en las calles al vendedor de dulces o “gallitos” transparentes de azúcar, en rosa y azul, clavados en pedazos de corchos. Y los pirulines, la melcocha o el arte de la pastelería de don Pedro.

Cuando un grupo de amigos deseaba disfrutar un chivito al horno, era de rigor recomendarle a don Pedro Lieras, que sonreía a los transeúntes desde la puerta de su accesoria, ubicada donde hoy está la tienda de don Genovevo Cota.

## **LA CIUDAD DE LAS HUERTAS**

En aquellos tiempos se conocía a La Paz como la Ciudad de los Molinos de Viento, pues abundantes eran las huertas de tupida arboleda. Los frutales constituían la fronda con las enredaderas de Santa Rita, la huerta de Las Tullerías (en la avenida 5 de Mayo), la de los Cabezud y la de los Cuatro Molinos.

La fruta se perdía en los canales de riego. A veinte centavos costaba el ciento de mangos, y las guayabas eran gratis. Cielvas rojas y amarillas, duraznos y un sinnúmero de hortalizas estaban a disposición de las gentes. La sombra que proyectaban los árboles convertían estas huertas en sitios de ensueño.

Toda la ciudad de La Paz era un vergel gracias a que el agua se extraía con un bimbalete, con una cigüeña o mediante el sistema de noria, sin olvidar los románticos molinos de viento de madera, como aquellos de la huerta de don Genaro Flores.

Era la estampa viva de un lugar de la Mancha, “de cuyo nombre no quiero acordarme,” como dice el Quijote....

# ¡VAMOS AL CIRCO ATAYDE!

Algarabía en el pueblo. Llegó el circo Atayde con sus animales amaestrados y los amos del trapecio. Su carpa fue instalada en terreno de don Chabelo Lucero, contiguo a la Sociedad Mutualista Unión. Graciosos payasos recorren las calles en el tradicional convite.

Estos primeros Atayde eran muy pobres, pues se dice que solicitaron de los vecinos que les prestasen mesas o banquillos para que los acróbatas subieran a los trapecios.

Todavía existen quienes recuerdan al caballo *Lucerito* y a su domador, que eran la delicia del público.

Ahora, el moderno Circo Atayde no se le compara siquiera. Son los descendientes de aquellos trashumantes.

## LA MUERTE DE ANGELA PERALTA

El 22 de agosto de 1883, atracó en el puerto de Mazatlán el barco inglés *Newbern* que llevaba, procedente de esta ciudad de La Paz, a la Compañía de Opera Italiana, compuesta de ochenta artistas, al frente de la cual iba la eximia Angela Peralta, quien cantó para el público paceño.

A bordo del buque falleció el contador norteamericano San Juan, siendo sepultado en Mazatlán, lo cual fue el origen de la epidemia.

Al día siguiente, 23 de agosto, se presentó la compañía de ópera con una obra de Verdi, pero ya corrían rumores de la peste.

El 24 en la noche, varios artistas eran atacados por el mal, y el 26, al amanecer, habían fallecido los señores Belloti y Aparicio, y la fiebre acabó con casi todo el elenco, pues de los ochenta que lo formaban, sólo quedaron seis.

Angela Peralta falleció el 30 de agosto del mismo año, casándose en artículo mortis con su amante, don Julián Montiel Duarte.

# LA EPIDEMIA DE FIEBRE AMARILLA

No hace 55 años, pero una de las personas que entrevistamos, muy anciana, nos dijo que sería el año de 1886, aproximadamente, cuando La Paz sufrió una de las más terribles epidemias, como es la fiebre amarilla. La peste diezmó la población, muriendo más de 1,500 personas, que fueron sepultadas en fosa común en los terrenos que hoy ocupa el Estadio Arturo C. Nahl.

Debe de haber sido desesperante ver morir a familiares, parientes y allegados, víctimas de los vómitos y fiebres que rebasaban los termómetros, hasta que la muerte se encargaba de terminar con los atroces, aunque rápidos, sufrimientos que acompañaban a este flagelo asiático.

En aquel entonces la falta de médicos contribuyó al pánico, pues había personas que en estado grave caminaban al camposanto para caer muy cerca del lugar que habría de ser su tumba: una serie de zanjas donde habría de expirar para que se le sepultara, ya que no había lugares disponibles tan siquiera para velar los cadáveres

¿Podría repetirse el mismo episodio en nuestros días? Se dijo que un asiático trajo el mal a La Paz, pero quién sabe.

## EL PRIMER CARRO EN LA PAZ

1906 (?)

Con bombo y platillos se anuncia la llegada del primer carro a nuestra risueña población: un Dodge propiedad de don Diódoro Mendoza, de capota de lona, cuatro puertas y ocho cilindros. Una multitud lo aclamó cuando se estacionó frente al taller del señor Benssemann. Todos querían un *ride* (léase ráit) porque ya parecían incómodas las anti guas carretelas "arañas" y otros vehículos de los tiempos de don Porfirio.

# LA CONTABILIDAD DE LA TIENDA "LA TORRE EIFFEL"

Gracias a la gentileza del Sr. Fernando Chacón, tuvimos la ocasión de ver un enorme libro de contabilidad de la que fue la tienda de don Miguel González e Hijos, que alberga el edificio denominado La Torre Eiffel, uno de los más hermosos de la ciudad, en las calles de Zaragoza y Puerto, y cuya construcción data de 1892.

El libro contiene operaciones crediticias de 1904 a 1908 que no exceden de 150 pesos, y que eran, por supuesto, un mundo de mercancías.

El jefe de la oficina de Tenedores de Libros era don Filemón C. Piñeda, y es de admirarse la bella letra del poeta paceño, con una caligrafía clara, artística, empleando la tinta a base de lomboy, y la roja extraída de la cochinilla de los nopales.

Don Filemón ganaba, y consta en el libro, 200 pesos mensuales (de aquellos "pesotes"), y nos dice don Fernando que el poeta se inspiraba en una mesa alta, dotada de un banquillo que permitía extender el brazo para escribir correctamente.

Al hojear este tesoro vemos nombres curiosos de tiendas: La Abeja, La Condesa y El Buen Tono, que mandaba cigarros Negritos, Faros, Bohemios, y aquellos de torcedera que usaba el tío Bartolo.

Don Fernando Chacón, que era ayudante del bardo, ganaba 60 pesos mensuales en La Torre Eiffel, la tienda cuya fama recorrió el país, pues sépase que fue construída con maderas traídas desde París, y sus tapices fueron pintados por artistas de la Ciudad Lux. Escalera de madera labrada, piso de mármol vienés.

Ahora este edificio muestra los signos de la destrucción, pero es uno de los viejos edificios de La Paz, una joya que debemos preservar, así como el viejo Palacio de Gobierno, que data de 1881. (1)

---

<sup>1</sup> Desgraciadamente, tanto los edificios de La Torre Eiffel como el viejo Palacio de Gobierno, fueron demolidos durante el régimen del Gral. Bonifacio Salinas Leal.- N. del R.

# LOS JARDINES Y LAS PAJARERAS

En cada casa había tiempo, espacio y deseos de cultivar bellas petunias, dalias, rosas, claveles, azucenas, amapolas y otras variedades de flores. Las personas que transitaban por las calles podían percibir el delicioso *bouquet* que emanaba de los patios de las viviendas, donde cada ama portaba sus regaderas.

Cada mes de María, las niñas iban al templo a ofrendar un ramo perfumado. Luego, en plena comunicación con el espíritu, cada familia era poseedora de jaulas de todos tamaños donde cantaba una gran diversidad de pájaros: zenzontles, canarios, gorriones, calandrias palmeras y serranas, cardenales y pericos.

Cada corredor en los hogares era grato por la frescura de las plantas y los cánticos de las aves canoras. Y allá en el traspatio asomaba su porte orgulloso el pavo real, o se divisaba el copete de una gallineta o de una codorniz. Y no faltaba la cacatúa traída del interior.

Los ornitólogos de San Francisco que visitaban La Paz ya no tenían necesidad de excursionar por los montes: cada casa era una gran pajarera, fuente de estudio, calmante de los nervios y antídoto de los neuras.

A veces pienso que había una tranquilidad conventual, pues mi abuela me decía que las palomas se posaban en las calles porque no había tanta maldad en muchos jóvenes depredadores de los bienes ajenos. El niño que mataba un pajarillo recibía una tunda que era para recordarse hasta la edad adulta. Las niñas recatadas arrojaban a las palomitas toda clase de granos, y todo mundo tenía sumo cuidado con las aves.

“¡Oh, tiempos idos!...” como nos decía ayer don Roberto Contreras.

# JUECES DE BARRIO, EMULOS DEL REY SALOMON

La población se jactaba de ser una Suiza en miniatura, ya que había jueces de barrio que informaban al presidente municipal las novedades que les reportaban los jefes de manzana.

Por ejemplo, si una vecina amenazaba con quemar la casa contigua, bastaba un silbatazo para que el jefe de manzana acudiera, y con mucho tacto calmaba los ánimos de las exaltadas amas de casa. Luego el juez de barrio dictaba un fallo salomónico.

A veces tocábale resolver los problemas de aseo de las vecindades, pleitos caseros y hasta arreglar el matrimonio civil de unos tórtolos.

Estos jueces eran respetados y queridos por los ciudadanos. Eran personas serias y responsables, la mayoría padres de familia que sentían en carne propia las necesidades de la gente humilde.

Un barrio constaba de cuatro manzanas, que eran vigiladas estrechamente por estos señores rectos, inflexibles contra la injusticia, porque no permitían abusos.

¡Qué románticos episodios de La Paz de antaño! Jueces que solamente tenían disimulo cuando veían que un novio llevaba serenata a la dueña de sus amores. También tenían su corazoncito...

## FOSFOROS PACEÑOS

En el lugar donde se encontraba el antiguo mercado Francisco I. Madero, construido por el gobernador García de Alba, frente al actual hotel Yeneká, se hallaba la gran fábrica de fósforos propiedad de don Gabriel Cabezud. Los paceños se sentían orgullosos de la factoría, y en aquel tiempo la juventud que asistía a los planteles iba de paso a ver el proceso de empaclado de las "luces," que nada le pedían a los cerillos salidos de "La Central."

Pero debemos decir que en aquellos tiempos había desprendimiento de los ricos, que daban todo a cambio de ver el progreso efectivo de una ciudad de 8,000 habitantes.

# MONUMENTO A MARQUEZ DE LEON, QUE AUN NO SE CONSTRUYE

Hurgando en nuestro archivo, encontramos que por allá en diciembre de 1912, una revista quincenal, *La Baja California*, dirigida por Carlos Meza, inició una suscripción popular para erigir en esta ciudad de La Paz un monumento al general Manuel Márquez de León, e inserta una lista de personas que enviaron su óbolo para dicha obra:

Director de la revista \$50; Club Progresista de Baja California de México \$50; Manuel Márquez San Juan \$5; Ing. Ignacio L. Meza \$5; Pedro Meza \$5; Enrique Meza \$5; Pedro Guerrero Méndez \$3; Tte. Cnel. Ezquiel M. Ruíz \$4; Clemente Ruíz \$4; Ezequiel Cardona \$1; y Filemón Piñeda \$5.

La citada revista publicaba al final de su nota informativa:

"Algunas de las personas que figuran en la lista no son californianos, pero nos suplicaron que aceptásemos su óbolo por simpatizar con nuestra iniciativa y opinar que, tratándose de honrar la memoria de un esclarecido ciudadano, no debe haber limitaciones provinciales, pues las glorias del ejército son las glorias de una nación."

Ahora debe saber el lector que nunca se han llevado a la práctica los proyectos para rendir homenaje al general todo-santeño, pues recordamos que allá en 1942, siendo gobernador del territorio el Gral. Francisco J. Mújica, nos tocó asistir a una junta de un comité pro monumento al citado héroe, encabezado dicho organismo por el periodista Eduardo Garay Briggs. Se recaudaron fondos y nunca se supo adónde fueron a parar.

Debemos sacrificarnos por recordar a los hombres que defendieron la integridad territorial, pues cada niño o joven sud-californiano sigue preguntando a su maestro:

¿Quién es el Gral. Manuel Márquez de León?

# UNA ORQUESTA DONDE TOCABA DON LEOPOLDO RAMOS

Además de la orquesta de don Juan Nava, había el conjunto musical dirigido por don José Manríquez, e integrado por sus hermanos Rafael, Carlos, Chanito, Contreras y el joven Leopoldo Ramos, el extinto poeta oriundo de El Triunfo.

Noche a noche recorrían las calles dando serenatas con un selecto repertorio.

Quién hubiera podido escuchar un cadencioso vals en el Callejón de las Delicias, con requiebros de galán desvelado y entre lenguaje galano.

Momentos de poeta provinciano y escoleteo de saxófonos y violines para acelerar el amor, siempre sincero, de un pacheño que se rindió a las cuitas de su dueña;

## ABRE EL ROPERO, ABUELITA

Así empieza una tonadilla de Gabilondo Soler. Y nosotros tuvimos la suerte de ver el contenido de un baúl de una viejecita, quien nos mostró un alhajero donde solía guardar los aretes, un peinetón de carey, de éstos que se fabricaban en La Paz por cientos y eran enviados a España para levantar la mantilla de una dama salerosa; un abanico de extensión, regalo de su esposo ya fallecido; una fotografía color sepia de sus tatarabuelos y descendientes; un par de guantes para bailes de gala; unos lentes ovalados que descansaban sobre la punta de la nariz.

La ancianita nos dice: "Mira esta foto. Mi cabello me llega a la cintura. Antes se cuidaba este adorno personal, pero ahora se le ha cambiado por exóticos peinados que disminuyen el toque femenino. Y tocante a la pintura de las cejas, éso no se usaba antes; sólo se permitía en el Carnaval"

Así terminó la evocación de la abuelita.

# **¡QUÉ DESFILE, SEÑORES!**

Por ejemplo, el día primero de Mayo era celebrado con brillantez, organizando un desfile obrero. Desde las 7:00 a.m. se concentraban en el malecón los contingentes de trabajadores pertenecientes a los gremios de albañiles, zapateros, carretoneros, carpinteros, etc., luciendo cada participante su traje de mezclilla y un paño rojo atado al cuello, así como el inevitable sombrero de palma.

Entre los cartelones se distinguían las damitas porteñas llevando ramos de flores. El desfile, a cuyo frente iba una banda-  
orquesta, recorría el trayecto de las calles Bravo, Revolución y un tramo de la avenida Independencia hasta llegar frente al Palacio de Gobierno. ¡Bello festival y discursos libres de demagogia! En síntesis, estas manifestaciones eran una prueba de civismo, puesto que sin previa cita las organizaciones asistían a través de sus representantes.

Igual ocurría el 5 de Mayo, el 16 de Septiembre y el 20 de Noviembre.

## **LOS COLLARES DE CALLOS**

Cuando regresaban las armadas de buzos procedentes de los campos de la concha madre perla, se miraban por las calles los pescadores del Esterito luciendo en el cuello una cantidad apreciable de collares de callos de ostra perlera, que puestos a secar al sol eran ensartados en hilo de cáñamo.

Se vendían tres collares por un peso, de los cuales se podía confeccionar un delicado platillo.

Si usted iba a la orilla de la playa, le colocaban los collares a manera de los habitantes de las Islas de Hawaii, que le ponen a los visitantes las flores o las hulas.

Los vendedores pregonaban el producto por las calles, después que El Parisito, el barquito que llevaba bastimentos a los campos de buceo, regresaba al muelle trayendo no sólo el producto mencionado, sino partes de coral, concha nácar y pescado seco.

Eran los tiempos de don Gastón Vivés, el precursor de la explotación de perlas que han dado fama a La Paz en todo el mundo.

# AMOR A LA MUSICA



La Paz de antaño se enorgullecía de tener muy buen gusto por la música selecta. La mayoría de las familias era poseedora de violines, violoncelos, violas, saxófonos, arpas, salterios, guitarras y el indispensable piano. Por las noches, al transitar por las calles, se escuchaban del interior de las mansiones las notas del concierto de alguna estudiantina provista de mandolina, o el solo de violín a cargo del señor de la casa.

Los vecinos se extasiaban con la interpretación de un vals o de una polka. A veces el baile era una diversión predilecta, pero era un baile libre de contorsiones concupiscentes. Era la danza sublime, estética, en medio del salón, donde el aplauso era la mejor recompensa. Seguía el té, un recital poético a cargo de declamadores improvisados, pero los cuales seguían las reglas de las presentaciones.

La abuelita, sonriente, se rodeaba de sus nietos para deleitarse y recordar su juventud. Mamá y papá bailaban Los Lanceros, La Pava y el baile francés El Chaverán, muy en boga. Y el *minuet*, en el cual los ejecutantes lucían la peluca y el ceremonioso saludo de las cortes.

Las escuelas de música en el puerto estaban atestadas de discípulos dedicados al arte musical. En la calle podían verse jovencitas caminando con las partituras y los instrumentos necesarios para el aprendizaje.

## LOS INSULTOS DE ANTES

Cuando en la ciudad había riñas, se evitaba toda palabra malsonante y se escuchaban expresiones cándidas como éstas: ¡Caramba! ¡Eres un vaquetón! ¡Lo que pasa es que no te gustan las chicanas! ¡Ay, Chihuahua! ¡Estúpido! Y había otras como: majadero, rabiscuta, insolente, etcétera.

Las señas ofensivas eran el clásico violín, que se hacía colocando un dedo entre otros dos y encogiendo el brazo en escuadra. Luego una trompetilla, y terminaba el pleito.

Ahora, ya usted sabe. El lenguaje de carretonero es cosa diaria: madrazos e insolencias en labios de grupos de jóvenes; y cada plática debe tener el adorno de la majadería.

Antes se combatía a puño limpio. Ahora, a patadas y con un caló de rebeldes sin causa. Antes, dos rivales se daban la mano en el campo de honor. Hoy terminan en el hospital.



## SEMANA SANTA INIGUALABLE

Allá por 1907, la celebración de la Semana Santa no tenía paralelo en la liturgia, que hoy ha sufrido modificaciones.

Antes, desde el Jueves Santo reinaba el luto en la ciudad, con recogimiento de los feligreses, que se abstenían de diversiones paganas y acudían al templo para velar al redentor preso.

El viernes, las Siete Palabras que conmovían a los devotos. Doce ancianitos participaban en el banquete de los panes y el lavatorio. En el acto de la crucifixión se designaba a los "judíos" y a los "fariseos," que clavaban al Señor en la cruz con verdadero realismo, y lo hacían descender del hipotético sitio del Calvario, situado en el altar mayor. Crespones negros eran colocados en el exterior de la iglesia.

El Sábado de Gloria, las damas católicas subían al coro con grandes canastas de flores: claveles, dalias, azucenas, etc., y cuando se cantaba el *Gloria in Excelsis Deo*, una catarata de pétalos cubría a los concurrentes. El perfume impregnaba el ambiente.

Respetando las reformas actuales en esta solemne celebración, únicamente nos referimos a que los cristianos hemos perdido un poco el respeto por estas fechas, pues los bailes, la música estridente y la venta de licores se suceden en una ofensa que menoscaba el respeto a las cosas sagradas. En lugar del luto parece que se le da más rienda a los instintos y, como en otras partes, muchas familias se van de paseo a sitios de recreo, olvidando los preceptos sagrados.

## "VOY A LA OTRA MESA..."

Cuando los señores de bombín y bigote a la "káiser" se encontraban en el Arroyo de La Paz<sup>2</sup>, en pleno centro de la población, se saludaban muy ceremoniosamente y uno de ellos interrogaba:

—¿A dónde vas?

—A la otra mesa—respondía el otro.

Estas referencias aludían al que iba del barrio del Esterito al del Manglito, o viceversa, pues se llamaba "el centro" al sector que se iniciaba, de oriente a poniente, en las calles de Santos Degollado y Aquiles Serdán, donde estaba la tienda del desaparecido caballero don José Romero.

Las dos mesetas de la ciudad hacían un bello panorama que mostraba la arboleda que cubría de sombras el embanquetado de callejas y avenidas, sombras donde las parejas se detenían a platicar y comentar el anuncio de que iba a azotar un ciclón, porque el vigía izaba la bandera roja y otra amarilla en la cruceta de la torre aledaña al muelle fiscal.

Cuando la tempestad estaba próxima, eran desarmados los molinos de viento, y los barcos fondeaban en torno al Mogote. El comercio cerraba sus puertas. Empezaba la rápida poda de frondosos pinos, jacarandas, mimbos, tamarindos, etcétera.

Y cuando los barómetros de las residencias bajaban en forma alarmante, en la sala de la casa la abuela se calaba sus imperdibles, y a la luz de una lámpara de tubo ancho se ponía a relatar alguna tragedia marítima ocurrida muchos años antes, mientras compartía con el resto de la familia el esponjoso pan, la galleta "marinera," el apetitoso pan de huevo y el chocolate añejo servido en fina loza alemana.

---

<sup>2</sup> Actualmente la Avenida 16 de Septiembre.- N. del R.

# EL PAJOROSO CICLON DE 1895

Uno de los recuerdos que permanecen en la memoria de un viejo residente de La Paz es, indiscutiblemente, el trágico paso del ciclón de 1895.

Aun cuando un dato de nuestro archivo lo fija el 10 de octubre, nuestro entrevistado nos dice que el meteoro se inició el 30 de septiembre, al oscurecer, con verdadera furia.

El viento barrió las casas del primer plano dejando en la calle a más de 400 personas. La manzana donde estaba ubicado el cine California, que era propiedad de don José María López, sufrió la destrucción de todas las edificaciones de material. El señor López, según el relato, poseía una caja de caudales que fue arrastrada por la corriente, que la llevó desde el perímetro de la esquina actual de 16 de Septiembre y Revolución hasta la orilla de la playa. El agua inundó la citada avenida y la fuerza separó las banquetas que rodeaban al actual edificio donde se encuentra la distribuidora de Calzado Canadá.

Dicen los que aun platican del fenómeno que parecía el diluvio universal. El cielo estaba encapotado y la población sumida en tinieblas. Se escuchaban gritos de angustia por doquier, cuando los techos de las habitaciones volaban por los aires. Los barcos surtos en la bahía fueron lanzados hacia la playa Abaroa. La familia Reyes fue sorprendida por el ciclón y todos sus miembros perecieron.

Cuando el destructor temporal perdió fuerza, La Paz se mostraba como una ciudad bombardeada, o tal como si un terremoto la hubiese destruido.

El boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística dice al respecto:

*"10 de octubre de 1895.- Huracán en las costas del Pacífico, azotando Mazatlán, San Blas, Manzanillo, Altata y La Paz.*

*Los perjuicios son incalculables en pérdida de vidas y de intereses. El Congreso de la Unión acordó un gasto de \$5,000 para acudir en auxilio de las víctimas."*

Lo anterior establece una discordancia en el día del trágico suceso, empero no deja de ser verdad el aterrador flagelo cuyas proporciones no han sido igualadas.

## **RONDAS INFANTILES A LA LUZ DE LOS FAROLES**

Allá cuando el gendarme recorría las calles con su lamparita, a primeras horas de la noche, podían verse grupos de niños alternando el coloquio familiar en su banqueta, con rondas infantiles.

*El Milano, el Botellón, la Momita, el Gato, el Cani Cani*, con perfiles de inocencia, eran esas rondas. Entonces no había pandillas de jovencitos rebeldes porque, a las nueve, el toque de silencio indicaba que todo mundo debía irse a dormir.

Se escuchaba el ruido del galope de las acémilas de los gendarmes y el silbato de los serenos que gritaban la hora a partir de las 11:00 p.m.

En el cuartel se dejaba oír el "¡Centinela! ¡Alerta uno!" "¡Centinela! ¡Alerta dos!" Y así, en números sucesivos.

Los borrachitos eran escurridizos a la policía montada, y los bizarros gendarmes de pie aplicaban su fuerza hercúlea para llevar a "chirona" a los escandalosos. Imponían respeto.

La cárcel estaba situada en el perímetro actual de la Escuela Primaria 18 de Marzo (16 de Septiembre y Carlos M. Ezquerro); y la comandancia de la gendarmería en la esquina actual de Independencia y Belisario Domínguez.

¡Qué tiempos aquellos, señor don Simón!

Noche a noche los vecinos despertaban al escuchar el romántico vals o la alegre polka, interpretados por la orquesta de don Juan Nava, donde tocaban el 'Guancho', 'Chamustreta', el 'Negrito' Rosales y José Manríquez.

Si usted llevaba serenata a su dulcinea, le cobraban diez pesos desde las 8 de la noche hasta las 4 de la mañana, y le tocaban de "pilón" el "Adiós, Mamá Carlota."

## **LA PRIMERA FABRICA DE GASEOSAS**

Allí donde se encuentra el sallón de billares "El Recreo" (Avenida Revolución, casi esquina con Reforma) estuvo la fábrica de gaseosas. Cada envase tenía un singular tapón: una canica de presión a la que bastaba darle un empujoncito para que se destapara, como el champagne. Había sodas de todos los sabores y valía cinco centavos cada botella.

## RUIDOS DE LA CALLE Y OTROS DETALLES

El puerto era una caja de Pandora, pero sobresalía el ruido de sus calles, en las que los sucesos hicieron historia: el ruido del zapatero clavando la media suela; el herrero forjando la herradura para el caballo de Pecos Bill de 1900 y tantos; el carpintero confeccionando el ataúd del "angelito" que falleció el día anterior, y que sería llevado con música de cilindro al "camposanto." Un grito de un cerdo que acababa de recibir la estacada del matancero, que haría que del cazo de cobre salieran los chicharrones 'tronadores'; el ropavejero, con su pregón para que le vendieran los trapos que se acumulan en el subterráneo o el desván; el soldador de trastos; el vendedor de pan anunciando los 'chamucos' y las 'arepitas' para los chicos; el chirrido de los carretones llevando leña o pacas de zacate, o ladrillo rojo. Y como el lector imaginará, el ladrido de los canes que, como ahora, formaban legión.

Como complemento de todo este ajeteo, de las alcobas procedían los ensayos de canto de una diva que recuerda a la Peralta o a la Tebaldi, o un señor que frente al espejo se acordó de Enrico Caruso; el tecleo de un piano al que le faltaba la mano del afinador Amadito Leyva; el sonido del violín que se supone un *Stradivarius*. ¿Y qué más? Ah, se nos escapaba la disputa de dos comadres que se reclamaban la presentación de los cubos que llevaban al pozo de agua o la agilidad para halar el bimbalete. El resto: corrales, vecindarios, huertas con frutales donde no existía el avorazamiento desmedido actual; tapias de ladrillo coronadas con fragmentos de vidrios para que no penetren los "nagudos"; cercos de vara trabada o alambre de púas. Más acá un potrero con un novillo despuntado y sombras de palo verde, donde está la montura del caballero que saldrá para el rancho; lavaderos de piedra en el arroyo que desemboca en el mar, y como final, baja el telón con los palomares encajados en mezquites, donde la cría está reservada para el enfermito que atiende el doctor Landera, o Hidalgo, o Viruete, o José Santa Ana Guerra, que arribaban en un carruaje conducido por un cochero sin librea.

El médico recetaba caldo de pichón tierno, y por éso las palomas permanecían en el palomar. Los raptos eran cosa desconocida.

# COCINA INOLVIDABLE DE 1906

Si usted caminaba por una calle, o atravesaba uno de aquellos callejones románticos, escuchaba una tonada interpretada por las amas de casa: "Es doña Pacita / la del pavo real / muy coquetona / para cocinar..."

Adentro, en la cocina, podía verse lo que ya ha desaparecido por el modernismo y la automatización: el metate, el molcajete, las grandes cacerolas de barro, el molinillo para batir el sabroso chocolate, los olorosos jarritos a creta, traídos de Tlaquepaque, Jalisco, para tomar la infusión de hojas de naranjo o de limón, o el te chino con que nuestros abuelos se curaban el mal de ojos.

La mesa donde se preparaba el mole poblano; el atole "para los que van llegando"; la simpática cafetera de dos pitones, los coladores de alambre fino y—¡oh maravilla!—la loza fina para las ocasiones especiales.

La buena señora, con delantal, apresuraba el cocimiento de los frijoles y habichuelas, carne asada en la parrilla, donde figuraban los humildes talayotes, las verdolagas y los nopales.

A un lado de la cocina ronroneaba el gato de la casa, para el cual sí había pellejos en el mercado, y los obsequiaban al señor cuando iba de compras.

Un apetitoso olor salía de los entreactos de las viejas chimeneas, mientras los abuelos platicaban sobre duelos de caballeros de antaño, y a veces de romances, llantos y quimeras.

Pero la cocina antigua se perdió a cambio de un poco de distinción prefabricada. Solamente nos quedan algunos recuerdos en casa: un colador de manta pendiente del techo de la cocina; un metate que padece gota porque tiene las patas chuecas; un molino de café que la abuelita sostenía en las rodillas para dar vuelta a la manivela; una azafata de aquellas donde doña Pacita servía el pavo al horno. Y una lámpara de "luz entera," cuyo tubo de cristal fue testigo de tantas noches de charlas ancianas, tejidos de indiana, bastidores de encaje y rucas para el hilo del algodón que se cultivaba en casa.

Desesperados para no perder detalle, nos adentramos al comedor de la casa solariega. Queda un biombo donde el corsé esperaba los talles de bailarina. Y luego las sillas con asientos

de bejuco, los canapés con lienzos encarnados de pana y carmesí; la vitrola consentida; el salterio recostado en un rincón; la mesa con el portatoallas de cristal; la lámpara colgante con viñetas de cristal cortado; el tocador de las "muchachas" con la polvera, el cepillo peinador, las horquillas, los peinetones de carey, la cajita de música, el espejo de cuerpo entero que fue testigo de verrugas y arrugas de los años; la recámara con el lecho hundiéndose en la cabecera de metro y medio, y el nicho del Santo Niño de Atocha, que vino de visita traído por las devotas señoras de la Vela Perpétua.

Y de papá, sus útiles de aseo; en la percha, su pantalón estrecho, su camisola de manta, su chaleco, tirantes, resortes para las calcetas, sus botines, su sombrero de bombín y sus cosméticos.

En las rejas, las cortinas de caracoles, que dejaban paso a claridades y noches de luna y romances de Pierrot sin miradas pecaminosas. Cocinas, corredores, recámaras: depósitos de charlas ejemplares, chistes de catadura infantil donde cada quien empleaba un lenguaje noble, como el ama de casa que decía:

"Entorcha madera, criado" indicando que cerrase el portón, provisto de mirilla para cerciorarse de la clase de visitantes.

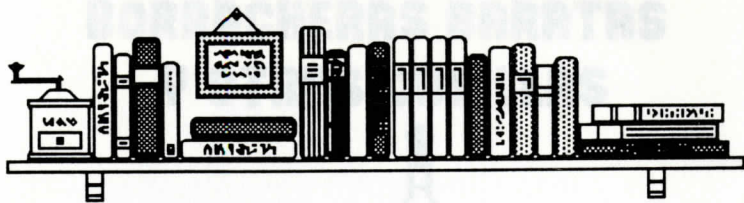
## EL CILINDRO "BURRO"

En alguna parte de estos relatos mencionamos a los cilindros que deleitaban a nuestros abuelos, pero el más pintoresco era sin duda el llamado "cilindro burro" de Mr. Silver, ya que un jumento lo halaba por las calles para llevar serenata a las muchachas de larga cabellera.

Mr. Silver cobraba la hora de música a cinco pesos. Además, este señor era agente de barcos y tenía su residencia a orillas de la playa. Habitaba una casona a la cual le pusieron por mote "El Castillo" debido a que, a manera de adorno, tenía unos cañones de hojalata apuntando hacia el mar y otras alegorías que la hacían pintoresca.

Mr. Silver anunciaba en un pizarrón la llegada de los vapores lentos, tan lentos como el *Raúl*, que aun circula y que fue construído en 1906.

"¡Más música de cilindro, maestro!" (frente al castillo de Mr. Silver). "Okey."



## LIBROS VIEJOS, LIBROS BUENOS

Qué añoranzas tiene nuestro entrevistado cuando recuerda que en aquel lapso, el pueblo paceño se entregaba a la lectura, aprovechando que el ambiente estaba exento de vicios y malas costumbres, que hoy adquieren carta de naturalización.

Había una librería de don Eduardo S. Carrillo, ubicada en el primer cuadro, donde el ya extinto caballero vendía buenos libros de selectos editores: de la viuda de Ch. Bouret, G. Nuño, Robredo y otros.

Cursos de aritmética elemental, Manual de Urbanidad y Buenas Maneras, el silabario con que los niños aprendían a deletrear, y los cuentos ingenuos de Blanca Nieves y los Siete Enanos.

Los padres llegaban orgullosos y compraban para sus hijos el material para que fuesen a clases: las célebres pizarras, gises de colores, papel ministro, portalibros y una buena obra como *La Comadre Muerte*. Y para él (aludimos al jefe de la casa), las *Aventuras de Bertoldino y Cacaseno*.

Dicen que había otro expendio de libros donde despachaba la Sra. viuda de López. Quizá lo más importante es traer a colación que en el pasado ni siquiera historietas de bandidos eran adquiridas por los niños y jóvenes de entonces, porque la violación de esta conducta podía acarrear una serie de desajustes en el hogar. Los padres guardaban en un baúl todo lo que se relacionaba con la vida conyugal. Las buenas obras para los vástagos eran el alimento para nutrir las mentes de los que más adelante fueron hombres de cultura y educación.

“Libros viejos, libros buenos.” Así dice nuestro buen amigo entrevistado mientras extrae del bolsillo *Los Cantares del Rey Salomón*.

# BORRACHERAS BARATAS Y OTRAS COSILLAS



Los viejitos se colocaban sendas papalinas porque los licores se vendían a precios ridículos: una botella de Jerez costaba 3.00 pesos. El vino tinto traído de Francia, a cincuenta centavos la botella; y a veinticinco centavos la media de mezcal puro, sin química ni alumbre.

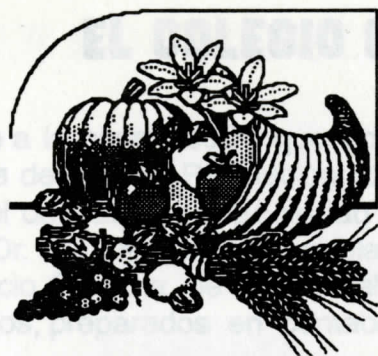
En la casa de la familia Ortega Romero, esquina de Revolución y Reforma, vivía la familia Wancho. Era una habitación de madera en medio de un corral donde estaba una herrería del señor Martínez. Después vivió en este sitio doña Marianita Calderón.

En la serie de locales comerciales de la avenida 16 de Septiembre, entre Revolución y Madero, había casas de azotea. Toda esa manzana era de don José María López, quien residía en los altos, donde hasta hace poco estuvo el hotel del finado Bayel de la Peña. La casa donde está la tienda El Puerto de Hong Kong, en Ezquerro y 16 de Septiembre, era de don Telésforo Ruíz.

Al romántico callejón 21 de Agosto le decían "La Chinesca" porque allí estaba la zapatería de On Choi Tai, donde se fabricaba el mejor calzado de La Paz. En la esquina sureste de 5 de Mayo y Guillermo Prieto estaba la casa de don Balbino Ramírez. Él fue el constructor de la misma y propietario de toda la manzana.

Donde estuvo el correo, actualmente la negociación "Importaciones Mundo," era la residencia de don Santiago Viosca, fundador de la tenería que llevó su nombre durante muchos años y cuya suela fue famosa en todo el mundo.

En Independencia y Aquiles Serdán, contra esquina de la Logia Masónica, vivía una familia de apellido García.



## LA MEDICINA NATURAL

En aquella época, los habitantes del puerto jactábanse de poseer amplios conocimientos sobre la eficacia de las hierbas del campo para curar las enfermedades, pues no se conocían en su amplitud las medicinas de patente.

Por ello, si abuelita tenía dolor de cabeza se colocaba en la frente unas hojas de chicura impregnada de manteca alcanforada... y el malestar desaparecía.

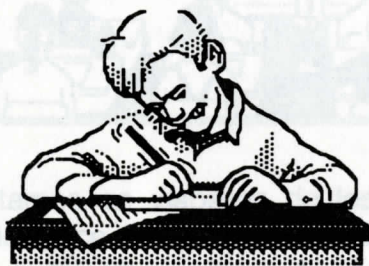
La gripe no conocía mejor tratamiento que una infusión preparada a base de huichichila, borraja y manzanilla para bajar la calentura. Para el dolor de estómago, una bebida cocida de micle o hierba del indio. Si alguien padecía de mal de orín, acudía a las barbas de elote, golondrina y grama o estopa de coco. Para el estreñimiento bastaba una gastita de jabón (llamada "calilla") a manera de supositorio, y era más que suficiente.

El reuma, que es el estigma de la vejez, se curaba con fricciones de aceite de azafrán o aguarrás, o cubriéndose la parte afectada con unos trozos de sávila. Para las amibas o bichos estomacales, el epazote o la yerbabuena con leche. Para lavados intestinales, la malva o tapioca. Y cuando el dolor de muela era agudo, una poca de pimienta o clavo de comer triturado para hacerlo masa, con un poquito de sebo de riñonada y colocarlo en la parte de la caries.

A pesar del avance en el descubrimiento de antibióticos para el combate de enfermedades, las hierbas siguen siendo la solución para calmar los males de la gente pobre, que no puede adquirir en la farmacia lo que el galeno prescribe actualmente.

# EL COLEGIO GALEANA

Frente a la construcción que ocupaba el cine California, en la subida de la calle Revolución, donde durante muchos años estuvo el domicilio de la Sociedad Mutualista Progreso (actualmente "Dr. Raúl A. Carrillo"), podía verse el colegio del profesor Ignacio Galeana, de donde salieron una pléyade de hombres cultos, preparados en contabilidad, inglés y otras asignaturas.



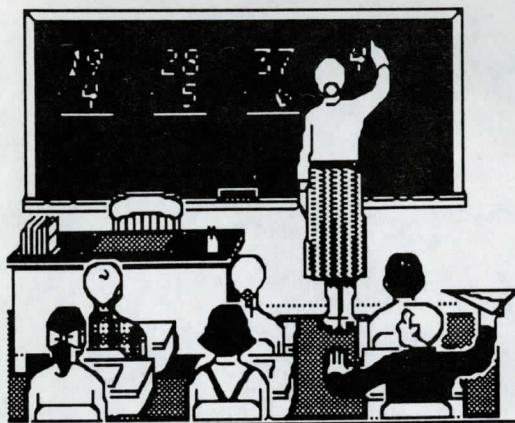
Se mencionan entre ellos a Manuel Taylor, Francisco y Pepe Gibert, Esteban Balarezo, Enrique y Eduardo Carrillo, Adrián y Carlos Valadez, Pepe Bonales y Fernando Moreno. Todos los alumnos abandonaron las aulas del colegio para prestar sus servicios profesionales y como maestros en sus respectivas materias.

Después de las clases, solían conversar bajo un frondoso guamúchil que estaba en la acera del Cine California. Este árbol era la reunión de la bohemia de los tiempos idos.

Había una vecindad con casas de madera. El Colegio Galeana quedaba próximo a otro centro de enseñanza, el colegio del Padre Esparza.

Un alumno de sexto año equivalía a lo que ahora es un maestro de normal, y quizá lo superaba en su preparación, ya que la disciplina era rígida para un mejor aprovechamiento. La mayoría de los alumnos que citamos al principio pagaron tributo a la madre naturaleza, pero dejaron honda huella en la sociedad paceña.

# LA HISTORICA ESCUELA DOS



Ahora que estamos en vísperas de los exámenes finales, nuestro relator nos dice que donde estaba la Escuela 18 de Marzo, era antes la "Nº 2", semillero de grandes maestros, entre los que se mencionan a los profesores Alejandro Gutiérrez, Irineo Vázquez, Santiago Barboza, y a las profesoras Amelia Avila, Güera Avila, Rebeca Ceseña y María Gallo.

En el salón se podía contemplar un pizarrón, el ábaco y los antiguos pupitres. El alumno indisciplinado era colocado al frente de sus compañeros, asignándosele una dura tarea: escribir repetidas veces en un cuaderno "Hoy me he portado mal."

A la hora del recreo no se escuchaba el lenguaje procaz, y los escolares saludaban a la bandera al entrar y salir de clases. Cada maestro vigilaba la conducta de los educandos en la calle, e informaba a sus padres.

Los exámenes se realizaban ante un cuerpo de sinodales y el público podía asistir. No se permitía el robo de claves ni "acordeones," pues el alumno recitaba las respuestas y allí se sabía quiénes eran los aprobados o los reprobados.

# LAS CIRUELAS, LOS COYOTES Y LOS ZORRILLOS

Muy de madrugada salían de sus casas verdaderos "safaris" de familias pobres, llevando el hato de bastimento y grandes canastos o baldes para traer ciruelas.

El monte se iniciaba a la altura de la calle Guillermo Prieto con la tupida maleza que cubría los cactus, rodeado de cardones, pitahayas, palos verdes, torotes, lomboyes y mezquites.

Aquello parecía una selva en la que solamente faltaba un Tarzán que se descolgara entre las lianas. La madre, el padre y los hijos, todos iban en fila india y podían ver enormes "manchas" de ciruelas que prestos recogían para llenar las vasijas o depósitos. Los demás, provistos de "huichuta," cosechaban pitahayas agridulces.

A un kilómetro de donde terminaba el poblado merodeaban los coyotes y zorrillos; se hablaba de leones que acechaban a los caminantes.

Al llegar a casa, la familia distribuía las ciruelas para comer o venderlas en la vía pública.

Y pensar que ahora la gente bien no admite la frutilla silvestre, por repugnante.

Hoy hay que caminar muchos kilómetros monte arriba para localizarlas.... porque la crisis obliga a las gentes humildes a peregrinar en busca de alimentos.

## EL RASTRO MUNICIPAL Y LAS RESES GORDAS



Recordar es vivir.... diría el faraón, si hubiese visitado el rastro municipal, ubicado en los terrenos donde se encuentra la residencia de la Sra. Elena de Butchart Padilla, en 5 de Mayo entre Altamirano y Valentín Gómez Farías.

Eran vacas gordas las que se sacrificaban para el consumo de algunos ocho mil habitantes. El "Jacaclón", como se le llamaba, parecía un sitio de almacén. La carne, cubierta por una manta, era conducida en carretas. Las vísceras eran obsequiadas a la gente pobre.

## **LOS BARCOS A VELOCIDAD DE TORTUGA**

Se escuchaba el ulular de las sirenas de los vapores *Carlos Pacheco*, *Romero Rubio*, *El Mazatlán* o *El Curacao*, de matrícula americana. El muelle se abarrotaba de gente a la llegada de los barcos, que a velocidad de tortuga nos comunicaban con Manzanillo, Mazatlán y Guaymas. Consumían enormes cantidades de carbón y leña.

La carga era depositada en las bodegas de la aduana y arrastrada en pequeños carritos sobre rieles con cambia vías, que hacían más rápidas las operaciones de estiba. Los cargadores usaban sobre la cabeza el antiguo mecapal, y trotaban con costales de maíz y frijol.

Entonces sí llegaban comestibles en abundancia. Los licores pasaban a segundo término. En el atracadero se observaban barcos de vela. Era semejante a un puerto del Mediterráneo, mientras los pelícanos y alcatraces se echaban clavados al paso de los muy abundantes cardúmenes.

## **EL KIOSKO Y LOS MECHEROS DE PETROLEO**

La plaza "Velasco" (ahora Constitución), era centro de reunión de familias. El kiosko, que fuera construido durante la administración del Gral. Bonifacio Topete, era escenario de alegres serenatas que hacían el deleite de nuestros abuelos. La banda tocaba a todo dar, mientras los paseantes eran sombras, debido a que el alumbrado consistía en candiles que se colgaban de los árboles, cuyos follajes quedaban negros por el hollín.

Después, los mecheros fueron sustituidos por faroles que consumían un litro diario de petróleo. El jardín era exuberante: palmeras, cactus, enredaderas. Todo ello convertía el lugar en un paraíso.

Las bancas eran de madera (nos referimos a la plaza). Un cerco rodeaba la parte ocupada por las plantas. Al frente del Palacio estaba la estatua de don Benito Juárez (1908).

# SERVICIO DE AGUA PARA EL PUEBLO

Es importante mencionar que antes existía, en los terrenos de la actual Escuela Industrial, un pozo que era proveedor de agua a los barcos surtos en el muelle, llevado hasta allá por medio de tuberías que partían de esa fuente de abastecimiento. Los vecinos iban hasta el embarcadero llevando recipientes o barriles rodantes para llenarlos de líquido.

Debe agregarse que en el barrio del Esterito había un batequi para dar de beber agua al ganado, depósito que también se surtía del pozo de que hablamos al principio, y que era propiedad del señor Gibert, quien también era poseedor de una huerta.

En la ciudad estaban distribuidos depósitos públicos (barricas), así como pozos poco profundos, norias, acequias, etcétera. Varios individuos vendían agua en vasijas, que colgaban en hombros de una pértiga o balancín.

Hubo posteriormente un pozo en plena calle (cruce de las calles Serdán y Reforma), donde existía una casa que se hallaba atravesada. Allí iban las familias en busca del preciado líquido. Fue clausurado en 1927, durante el primer período de gobierno del Gral. Agustín Olachea.

## PELUQUEROS A TOSTON

En toda la ciudad se contaban unas diez barberías. Por el corte de pelo y barba le cobraban un tostón. El cliente recibía las caricias de la navaja marca El Arbolito y la máquina de mano. El fígaro le impregnaba el cabello de la mejor brillantina, y como una galantería de la casa le obsequiaba un jabón aromático para el baño.

Actualmente nuestros peluqueros cobran de cinco a diez mil pesos, y de paso le ponen a pensar en que con el tiempo andaremos como "El Mechudo de los Filos."

Antes le platicaban durante la faena algo de espanto para que se le erizara el pelo, mientras ahora lo entretienen con el tema del "tapado."

## **EL ANTIGUO MERCADO “LA PLACITA”**

Donde está hoy el palacio municipal, se encontraba el mercadito denominado “La Placita,” con puestos típicos de abarrotes. Y a la altura del actual Cine Juárez (Belisario Domínguez) se observaba una larga fila de expendios de carne. Locatarios principales: Federico von Borstel, Candelario Antuna, Aparicio Contreras, Fortino Romero y Arcadio Lucero, entre otros comerciantes en pequeño.

El aspecto de feria permitía abarrotar la despensa hogareña. La carne costaba 12 centavos el kilogramo; hueso (con carne) a 6 centavos. El cliente llegaba al expendio y pedía la carne con un lenguaje curioso: “ardilla, lomito de adentro, tripas de leche, sebo de riñonada, hueso blanco (o de espinazo); o simplemente el humilde bazo, tan sabroso como el hígado.

El tablajero usaba báscula rudimentaria de cruz (romana), el balancín o la balanza de dos platillos, y a veces, democráticamente, pesaba el producto elevando el pedazo de vital alimento con las manos para calcular el peso.

¡Qué diferencia en la actualidad! Ahora le recetan a usted una serie de nombres exóticos tales como “chamorro, bifteque mignón, aguayón” y otros terminajos que envuelven tanto la carne de segunda como de primera categoría.

¿Sabe el lector cuánto costaba una res? Solamente trece pesos, de aquellos “de aguilota.” Debido a la abundancia de carne, en cada patio o corral de vecindad se observaba que los mezquites o palos verdes servían para secar al sol la carne sobrante del consumo doméstico.

## **ENSAMBLADORA DE CARROS**

No imagine usted que se trata de vehículos de tracción mecánica, sino de la carrocería del señor Borrego, situada frente a la actual escuela Miguel Hidalgo, en el cruce de las calles Serdán y Ocampo, de donde salían los carretones y las carretas para la conducción de mercancías al mineral de El Triunfo, San José del Cabo y Todos Santos, así como los demás puntos de las rutas de las diligencias tiradas por briosos caballos. También se construían, de todo a todo, los molinos de viento a base de madera especial.

# **"EL PARISITO" Y LAS COMPAÑÍAS PERLIFERAS**

Era un vaporcito, "El Parisito," el medio de llevar alimentos a los trabajadores que laboraban a las órdenes de don Gastón Vivés, llamado el Padre de las Perlas más famosas del mundo.

Eran Isla Cerralvo, Espíritu Santo y San José, algunas de las zonas concesionadas por las compañías tales como la inglesa *The Mangara Exploration* de Mr. Pearson, y los Hermanos Flower, compañía francesa.

Cuerno de la abundancia para todos. Dinero que circulaba en toda la península, y hasta el caballero de bombín y solapa podía lucir en La Paz una perla en un fistol de oro. Y mucho material para la fábrica de botones de don Miguel C. Cornejo, ubicada en la zona norte del malecón.

## **EL PAN NUESTRO DE CADA DIA**

**"¡Aquí está el pan!"** Así era el diario pregón.

Los vendedores hacían equilibrio con sus grandes canastos, cargando su burrito plegable, donde colocaban ante sus marchantes lo mejor de la repostería: pan dulce, en piezas grandes, con huevo, arepitas, suspiros, huaraches, cuernos, etc. Con birote podían saborearse cuatro tacos de machaca. Ahora se pierden en la palma de la mano.

Don Susano León, Pablo Ríos y Onésimo Cosío estaban entre los artífices del pan nuestro de cada día. Si usted iba a la tahona, por un real le daban una bolsa llena de pan denominado "frío," o sea del día anterior.

Otros vendedores ofrecían un espectáculo de cristal con sus vitrinas, que reflejaban los rayos del sol.

Pregones que ya se acabaron, desgraciadamente para nunca más volver.

# **LA ISLA DE CUBA.... SIN FIDEL**

Entre Guillermo Prieto y 16 de Septiembre, tenemos el barrio hasta hace algunos años conocido como La Isla de Cuba, aunque nada tenga que ver con la porción antillana dominada por Fidel Castro.

Tal vez muchos ignoran que llevaba ese nombre porque existía en la esquina del cruce mencionado una tienda que atendía un cubano de nacimiento. Todo mundo que buscaba una cuerda o un clavo, decía "en la Isla de Cuba puede encontrarse." El dueño de la tienda era don Marcos Pardo Uribe.

## **CARRETELAS, CARRETONES Y GUAYINES**

Reinaba el orden en el tráfico ciudadano. Las carretelas, tiradas por briosos caballos, producían un ruido parecido a las castañuelas al confundirse con el chirriar de las ruedas de los carretones.

La persona que poseía un guayín se consideraba tan afortunada como el que ahora presume de tener un auto de cambios automáticos y convertible.

Los carruajes cruzaban sin ton ni son por nuestras calles, mientras una cuadrilla al mando del prefecto municipal recogía el estiércol. Las damas, luciendo su belleza, ocultaban su rostro con el abanico para no observar el momento fisiológico de los animales.

Contaban además los burros cargados de leña Costaba quince centavos la cuerda, puesta en el zaguán de alguna regia mansión.

Conservamos una foto de antaño, en la que solamente puede observarse en la calle las huellas del aro que dejaban las antiguas carretas de tracción animal.

Mazatlán conserva todavía las tradicionales "arañas."

# "¡AVE MARIA PURISIMA!..."

## LLAMAN A LA PUERTA

El tiempo pasado fue mejor. Si una persona llamaba a una mansión y tocaba discretamente con los nudillos, exclamaba al punto: "¡Ave María Purísima!"

Desde el interior contestaba el ama de casa, que acudía apresurada: "¡Sin pecado original concebida!"

Al abrir, el visitante recibía una exquisita caravana de minuet, y era invitado a pasar a la sala de descanso.

En contraste, vemos hoy con tristeza que el que toca la puerta de una casa a veces se "cuela" inoportuno hasta la sala, y se apodera de una revista para ponerse tan campante a leer.

Hay excepciones, pero desgraciadamente el Manual de Urbanidad y Buenas Maneras fue arrojado al bote de los desperdicios.

Virtudes cristianas de antaño, cuando el tráfico de peatones se paralizaba al sonar las doce del día, al toque de las esquilas del templo. Entonces todo mundo se quitaba el sombrero para rendir homenaje al Creador de todas las cosas.

## JABON ELABORADO EN CASA

Además de las factorías enunciadas en otros artículos de este trabajo narrativo, se contaba con la ventaja de la fabricación de jabón a base de grasa de puerco, a diez centavos la pieza y a siete centavos el de color azul.

Don Juan Uribe era el dichoso propietario de la jabonería, misma que estaba situada por la avenida 5 de Mayo, donde actualmente viven los descendientes del finado Kino Cota (antes era la famosa Huerta de las Tullerías).

Dicen que si usted empleaba este jabón para el baño, quedaba del color de una fresa, pues arrancaba toda la suciedad del cuerpo.

# LOS ALBAÑILES DE ANTES Y LAS CASAS DE AZOTEA

En la rama de la construcción, nos dice un testigo, había albañiles competentes, maestros ("máistros") que, a pesar de no utilizar como ahora los planos de arquitectura funcional, edificaban residencias destinadas a durar muchos años, como muchas que podemos contemplar en nuestra ciudad de La Paz.

Eternos cimientos de piedra cantera, a nivel, de un metro de anchura, y paredes con ladrillos colocados en forma horizontal pegados con cal o lodo.

Las viviendas de azotea substituyeron a las casitas de vara trabada y techo de palma. Amplio corredor, cocina, sala, bodega y cuarto para los criados. Las soleras con tronco de palma.

Cada albañil que construía una casa de azotea tenía como norma llenar el cuadro del techo con agua, para observar que no hubiera filtraciones. Así la sometían a prueba durante varios días.

Se citan los nombres de Eutimio Ochoa, Valente Andrade, Arnulfo T. Campos, Esquípulo Miranda y otros que laboraron en la construcción del ayuntamiento.

Los materiales como ladrillo, cal, cemento, piedra, etc., estaban al alcance de todas las posibilidades. Se dice que las primeras casas de material o residencias que se levantaron, fueron en la zona del malecón, donde moran actualmente las familias Cornejo y Canalizo.

También abundaban las casas de madera, de cuatro aguas y corredor del tipo de las haciendas, pues debe recalcarse que la ciudad guardaba cierta similitud con una ranchería, ya que en pleno centro había corrales para el ganado.

Los rancheros o hacendados escogían a La Paz como un centro de hospedaje.

## **CALZADO BARATO PARA TODOS**

Una de las grandes industrias de la que se sentían orgullosos los paceños que vivieron el tiempo pasado, fueron las dos fábricas de calzado que con el nombre de "La Primavera" se encontraban ubicadas en el callejón actualmente conocido como 21 de Agosto. Su propietario era el señor On Choi Lai y, como él, los operarios eran de nacionalidad china.

Producían el calzado suficiente para surtir las demandas de todo el territorio, impidiendo la salida de divisas. Botines, teguas y el zapato de punta de bolita, estaban al alcance del más pobre de los bolsillos.

## **EL RESTAURANTE DE DOÑA JESUSITA**

Estaba ubicado por las avenidas Belisario Domínguez, frente al Cine Juárez. Doña Jesusita Martínez atendía a la clientela con platillos caseros, a la carta, muy baratos: dos pesos un biftec acompañado de frijoles, arroz, sopa y unas tortillas grandes de maíz o harina, que hacían que el cliente sólo utilizara dos para acompañar los alimentos. Un aperitivo: un vaso de agua de tamarindo o granada, y café gratis.

Ahora le salen a usted con ésto: ¿De qué marca de cerveza? Con algunas excepciones, ahora existen restaurantes donde le sirven los alimentos a precios prohibitivos.

## **UN POLICIA MINIATURA**

Cuando recuerdan nuestros relatores aquella policía montada que fue orgullo de nuestra población, hacen destacar al agente diminuto a quien denominaban "el Policito," quien montaba un caballo al que llamaban "el Llorón". Le costaba enorme trabajo bajar de la silla, y siempre les pedía a sus compañeros el favor para poder echar pie en tierra.

Cuando algún borrachito armaba relajo en alguna céntrica calle, se escuchaba la "contraseña" con gran alarma. Era nuestro personaje que pedía el auxilio indispensable, debido a su inferioridad física.

# FIESTAS PATRIAS INOLVIDABLES

Inigualable era la celebración del 15 de Septiembre. En la noche del "grito," gran número de personas reunidas en la plaza vitoreaban con encendido fervor a los héroes que nos dieron patria. El jefe político, al pie de la puerta central del balcón del Palacio, lanzaba el tradicional "¡Viva!" a Hidalgo, a Morelos, a Galeana, a doña Josefa Ortiz de Domínguez.

Cuando el reloj marcaba las 23:00 horas, la ciudad se estremecía por las salvas del mortero y los repiques de las campanas del templo. Los niños de las escuelas agitaban banderitas. Se quemaban fuegos artificiales y vistosos "castillos," que fabricaba don Luis Valdez.

Previamente a la ceremonia del Grito se desarrollaba un programa cívico con una arenga patriótica a la multitud, declamaciones y dramatizaciones. En una ocasión, el Lic. David Gutiérrez Vázquez, ganador de la Flor Natural, pronunció el envío literario a la reina de las fiestas. El Lic. Gutiérrez era presidente del Tribunal Superior de Justicia.

Terminada la ceremonia, se iniciaba un gallo popular que se disolvía a las 24:00 horas.

El día 16 había un grandioso desfile en el que los participantes portaban banderitas. En estas fechas todo mundo adornaba su casa con los colores nacionales, y colocaba un retrato del Padre Hidalgo en el frontispicio, rodeado de hojas de palmas. Las calles eran atravesadas con cadenas tricolores. La banda municipal ocupaba el kiosco de la plaza para brindar al pueblo la típica audición. Charros a caballo lucían arcos con banderitas, y globos de papel se elevaban al cielo a presenciar el espectáculo.

En la playa, por la tarde, se escenificaba el típico "palo ensogado", así como carreras de burros, en sacos, etc., y en el mar las canoas de vela hacían las delicias de los asistentes.

Dicen las personas que presenciaban estas celebraciones que cuando se cantaba el himno nacional, todo mundo participaba al corear las estrofas. Ahora existe cierta timidez, y pese a los exhortos, son escasas las personas adultas que lo hacen. Todo se lo dejan a los niños de las escuelas.

Existen personas antipatriotas que cuando se rinden hono-

res a nuestro lábaro, tienen el sombrero puesto o se distraen en pláticas estériles. Necesitamos volver por los fueros de un culto verdadero a nuestros héroes.

## LA OPERA "EL REY QUE RABIÓ"



En uno de los corredores del Palacio de Gobierno hizo su debut la compañía italiana de ópera "Los Hermanos Freggoli," que traía un gran elenco. Montarini era el personaje central de la ópera "El Rey que Rabió," y era tan buen transformista que en dos actos era capaz de interpretar a ocho distintos personajes, cambiando de vestuario tras un biombo. Los asistentes a estas funciones pagaban un peso a la entrada.

En la primera función repartieron un cancionero de 1906 que traía las canciones *El corrido del bandido*, *El Chivero* y *Adiós al Bergantín*, que interpretó la diva Carolina Freggoli.

## UN GIMNASIO EN EL MOGOTE

En el cofre de las añoranzas está un detalle singular: el Mogote era el gimnasio del pueblo.

Los sábados y los domingos salían las gentes de un lugar cercano al muelle y acudían al morro a disfrutar de toda clase de deportes. Ahí existía un sitio libre de maleza para jugar vólibol, practicar esgrima y otros ejercicios físicos.

Los pangos eran impulsados por medio de una cuerda tendida desde un kilómetro de distancia, que se quitaba en cuanto pasaban a la otra orilla. La orquesta alegraba el momento y la abuelita se entregaba a sus labores de costura.

Regresaban los paseantes al atardecer, aprovechando el lapso de calma del mar y la ausencia de barcos de vela que realizaban la travesía.

# **INAUGURACION DE LA PRIMERA PLANTITA ELECTRICA**

Eran pintorescos los faroles de petróleo instalados en cada esquina de las manzanas. El sereno limpiaba la bombilla y los cristales ahumados y les ponía combustible.

Siendo gobernador del Distrito el Gral. Manuel Meza, se inauguró una plantita eléctrica que estaba instalada en el Palacio de Gobierno, que era proveedora del alumbrado público y algunas casas particulares. En el teatro hubo una ceremonia para poner en servicio esta unidad eléctrica.

## **EL CINE MUDO Y LOS EFECTOS SONOROS**

Donde está la negociación Almacenes La Palma, S.A., se hallaba el cine para las familias de La Paz. Era mudo, por supuesto, y pasaban películas de misterio y romance.

El propietario de la sala creaba los efectos de sonido apropiados a cada escena. Los espectadores aguardaban quince minutos para el cambio de rollo y placas con que se explicaban las escenas que seguían.

Entonces no se cometían deshonestidades por parte de las parejas de novios, pues cada muchacha iba acompañada de su mamá, quien llevaba una varita con la que castigaba al galán que pretendiera sobrepasarse.

El cine se accionaba por medio de combustible y una manivela. Después llegó la máquina accionada por electricidad. Pola Negri y Tom Mix eran los héroes del celuloide.

## **EL BOLICHE PARA PASAR EL TIEMPO**

En la esquina sur que forman la avenida 16 de Septiembre y la calle Revolución, donde actualmente se encuentra la negociación "Fujiyama," nuestros antepasados se pasaban las horas disfrutando del honesto juego de un boliche, el primero de una serie que hubo aquí.

¡Cuántos señores de bigote a la porfiriana hicieron chuzamientras sus esposas los esperaban impacientes!

El edificio se denominaría, tiempo después, El Salón Blanco. Los bolos parecían barricas, y el tiro tenía semejanza con un globo terráqueo.

# EL GRITO DE LA LLORONA

“El Coyote viene y te va a comer...” era el canto de las madres a sus bebés, mecidos en la cuna sostenida con cables en el corredor. El "coco" de los niños tomaba variadas formas hasta pasar por la de Satanás, para que castigase los actos malos.

En nuestra quieta ciudad, hace más de sesenta años, las familias estaban pendientes, en la época de intenso calor, del grito de "la Llorona". Dicen que por las noches, cuando el silencio era marcado, se escuchaba en el espacio un grito espantoso que hacía que los vecinos se santiguaran.

Era el alma en pena de una mujer que en tiempos de la Colonia mató y descuartizó a sus hijos y los dio de comer a los puercos.

El castigo divino es que a través de los siglos seguirá exclamando, en grito prolongado y lastimero: “¡Mis hijos! ¿Dónde los encontraré?”

Don Artemio del Valle Arizpe nos habla, en su obra *Tradiciones y Leyendas de las Calles de México*, de este suceso de la Llorona en una distinta versión.

La Paz de antaño necesitaba algo de temor para revivir una tradición, como es la de los espantos y aparecidos, de los que nos ocuparemos más adelante. Es una digna colección que pondrá los pelos de punta a los calvos.

Lector amigo: cuando cese el ruido de las electrolas que funcionan por las noches a todo volumen, estese atento y escuchará el lamento de la mujer asesina, a quien también han visto envuelta en un sudario vagando por los espacios.

# EL NIÑO QUE ENSEÑA LOS DIENTES EN UNA CALLE DE LA PAZ

Una vez, en altas horas de la noche, caminaba por la actual calle Reforma una señora de condición humilde. Sus pasos era lo único que se escuchaba en aquella soledad. Pasaba precisamente junto a la tapia que circunda el terreno del finado Genaro Flores, cuando al llegar al cruce de la calle Ignacio Ramírez, donde está la tienda de los descendientes de don Martín Avilés, vio que venía a su encuentro un niño de edad aparente a los siete años. La señora esperó al pequeño, pero éste siguió su camino sin articular palabra, y éso intrigó a nuestra espectadora.

Como la luna lucía bien a media noche, distinguió a la criatura, que se ocultó en la sombra proyectada al lado de la casa. Se acercó a él, y como estaba de espaldas, le preguntó:

—¿Qué haces aquí, niño? Te llevaré a casa con tu mamá.

Pero no obtuvo respuesta alguna. Momentos después el niño volvió el rostro y enseñó a la señora unos dientes enormes en medio de una sonrisa macabra. No tenía ojos, y el resto de su cara era lisa y brillante como una losa.

El ver ésto, la señora lanzó un grito y cayó desmayada. Al volver en sí, rodeada de un sinnúmero de curiosos, dijo que la "aparición" se disolvió en seguida, en medio de ruidos extraños que no pudo explicar.

Estos pormenores pusieron de punta los pelos de los oyentes, que se santiguaron y rociaron el sitio con agua bendita.

El suceso ocurrió a corta distancia de donde escribo estos apuntes, y todavía corre la conseja que dice que los que transitan por esa calle ven al niño, y ponen pies en polvorosa.

Alguien agregó que los terrenos de don Genaro albergan un tesoro enterrado, que recuerda la aparición de este increíble infante.

# ELABORACION DE HIELO

En aquellos tiempos La Paz tenía 8,000 habitantes. Recordamos que donde actualmente se encuentra el Banco Comer-mex (16 de Septiembre, entre Revolución y Madero), estaba la fábrica de hielo de don Rodolfo Castillo. Producía unas curiosas barritas que todo mundo podía llevar fácilmente en el "morril" o en la bolsa de mano. Era un lujo elaborar un refresco casero, y las familias se daban "taco" con el cristalino producto.

## Leyendas Regionales

### EL TESORO ESCONDIDO DE PICHILINGUE

La base de Pichilingue, que además de poseer una rica salina y ser ahora una fuente de progreso debido al atracadero de los transbordadores, es un sitio lleno de singulares leyendas.

De las consejas, se dice que Cromwell, aquel osado aventurero cuyo nombre dio origen al aire acariciante que nos ahuyenta el calor todas las tardes, escogió una cóncava de la ensenada de Punta Prieta, y después de otear el lugar, medir el oleaje apreciando rumbos y sentenciar a muerte a su ayudante, cavó un hoyo y enterró un valioso cargamento.

Pero lo más misterioso y atrayente está en Pichilingue, que fuera base naval de los barcos americanos en 1914. Allí llegaron unos piratas pichilingues buscando sitio en la playa para enterrar un tesoro en tierra firme, o tal vez para "anclarlo" en la profundidad de la bahía.

Aun muchos que hoy en día recorren las estribaciones del cerro llevando aparatos sensibles, varillas de ocote y otros instrumentos, han fracasado en sus pesquisas de encontrar algo.

De otras diversas leyendas que existen, hemos extraído éstas, conservadas gracias a la pluma de don Adrián Valadez.

Valadez asienta que en abril de 1628, la nao *Santa Fe* navegaba con buen viento a la altura de Cabo Corrientes, cuan-

do fue asaltada y abordada por el pirata Drake y sus hombres, quienes se apoderaron de joyas de oro y plata que conducía el bajel. El piloto de la *Santa Fe* lo comunicó de inmediato, por San Blas, al Corregidor de Guadalajara, quien a su vez lo hizo a la Audiencia, misma que ordenó la salida de dos paquebotes con 180 hombres para perseguir a Drake. Pero éste se remontó al Océano Pacífico para regresar a esconder el producto de este asalto.

Otra narración indica que un pirata holandés, Cavedish, asaltó otra nave en Cabo San Lucas, dirigiéndose después a nuestra bahía en unión de los pichilingues. Añade la leyenda de don Adrián que, "...según supieron los jesuitas por algunos indios que vieron a los piratas que hicieron el entierro, el tesoro se encuentra en la isla San Juan Nepomuceno, que forma el puerto de Pichilingue, en el lugar único donde hay sombra al despuntar el sol."

Nosotros escuchamos varios relatos, entre ellos de unos marineros que recorrían la isla cuando vieron brillar "algo" en la superficie del mar, y ante sus ojos apareció una enorme plancha que trataron de halar, pero parecía sujeta a la profundidad. El suceso fue poco después del mediodía, y ya tarde buscaron un lugar para hacer un paraje donde pasaron la noche.

En la madrugada del día siguiente se levantaron, y al dirigir la mirada al sitio de la aparición se quedaron estupefactos, pues todo había desaparecido y el mar estaba en calma.

Unos juran que vieron un "anclote" que aparecía y desaparecía con el bajar. Otros, que han escuchado ruidos de cadenas en los viejos almacenes que guardaban el carbón para los barcos, sin faltar un fantasma que se pierde entre las rocas. Además, se ve "arder" cerca de la salina.

Desde los sucesos apuntados aquí, han arribado a Pichilingue numerosas expediciones con aparatos detectores con los cuales han sondeado la ensenada, pero sin éxito.

Quizá algún día el lector será afortunado y encontrará el tesoro, que recientemente despertara una novedosa versión y una renovada polémica en nuestra ciudad. <sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Ésto fue cuando se hacían las excavaciones para tender la actual carretera a Pichilingue. N. del E.

# EL TESORO DEL CERRO ATRAVESADO

En el siglo XVII, cuando era constante el saqueo de barcos por parte de los piratas, aconteció un naufragio célebre en el Mar de Cortés, dando por resultado la llegada a nuestra bahía de un tipo audaz llamado Tefall Lamartine, que traía un compañero de aventuras. Los dos desembarcaron de una frágil canoa en Punta Prieta, y de allí siguieron el paso hasta atravesar el macizo del poblado.

Falta agregar un detalle: ambos sostenían un pesado cofre donde había valiosas joyas y monedas de oro y plata, las cuales despertaban la codicia del ayudante de Lamartine.

Después de un recorrido penoso, y en medio de discusiones violentas, llegaron a un lugar cercano al Cerro Atravesado, donde hoy se ven unos añosos árboles de San Juan, y allí continuaron la discusión sobre el tesoro.

Llegó la noche y tuvieron que acampar en torno a una fogata. Tefall Lamartine, que era desconfiado, aprovechó que su compañero dormía para tomar su pistola y dispararla contra el confiado durmiente. Después cavó un hoyo y sepultó el cadáver junto con el arcón.

La leyenda dice que al transcurrir el tiempo, los caminantes que se acercan al sitio al filo de la media noche, ven que en el tronco de uno de los viejos árboles oscila una lucecita, que sin duda indica el lugar donde está enterrado el tesoro. Otros cuentan que el pirata se aparece en las noches de luna y el espectro desaparece entre la arboleda, haciendo que los buscadores del "interés" pongan pies en polvorosa.

Así quedó en el viejo arcón el secreto del Cerro Atravesado, y lo único de cierto es que ha habido numerosas expediciones que han tratado de encontrar el cofre de Tefall Lamartine, pero todo ya sido en vano.

## EL MECHUDO

Cuenta la leyenda que allá por los siglos XVII y XVIII, los misioneros realizaban su titánica labor evangelizadora en el puerto de Loreto, que fuera capital de las Californias. Los aborígenes habían adoptado la costumbre, a petición de los religiosos, de rendir tributo a la patrona del lugar, la Virgen de Loreto, entronizada en una improvisada misión. Un día, uno de los misioneros pronunció un exhorto a los indios a fin de que, a bordo de canoas, se dirigiesen a las procelosas aguas del Golfo de California para que extrajesen la perla más grande y hermosa, que sirviera para adornar la corona de la Virgen.

Partió la expedición de los indios acompañados de dos misioneros. En el grupo iba también un guama, hechichero de la tribu, que miraba con recelo las prácticas religiosas de los nativos. Las piraguas, después de accidentada navegación, llegaron a un lugar denominado San Francisquito, cerca de la Isla de San José. Se disponían ya a arrojar a las aguas los indios, buzos de capuz, por lo que el misionero les repitió el deseo de rescatar la bella perla. El guama escuchó el rezo y de inmediato dijo:

*“Si ustedes van a descender por una perla para la Virgen, justo es que yo me arroje para traer una para el diablo.”*

Los indios se arrojaron al mismo tiempo. Paso largo rato, y el relato añade que en el lugar en que se arrojó el hechichero guama el mar tuvo un momento de ebullición. El indio rebelde nunca regresó a la superficie, y el resto de los buzos no pudo ocultar su espanto al recordar la terrible blasfemia del brujo.

Pasaron los años, y en los labios de los pescadores corrió la terrible leyenda de que nadie, a la fecha, se atreve a descender en la Punta del Mechudo porque en la profundidad se observa un monstruo oculto entre cabellos espeluznantes, que apenas deja ver una lanza con la cual anda buscando la perla para el diablo. El terror se apodera de todo buzo que se decide a violar la guarida del fantasma del Golfo de California.

Algunos pescadores mueren de la impresión de ver al guama, condenado a guardar un rico banco de perlas entre exclamaciones blasfemas. En Punta Mechudo se revela la verdad de la leyenda: las olas producen un remolino que es un peligro para las embarcaciones, las cuales cambian de rumbo para no pasar por el sitio de la leyenda.

# EL COROMUEL

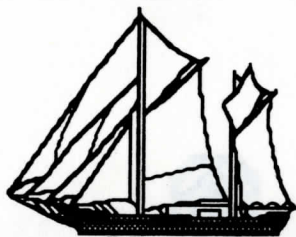
En los siglos de la piratería merodeaban por el Golfo de California toda clase de aventureros que realizaban abordajes a las naves que llevaban mercancías en ruta a las Indias. Entre esos bergantines viajaban, entre otros, Lorencillo, Drake y el osado Cromwell.

La ciudad de La Paz estaba en sus comienzos y era sólo un humilde caserío al norte del estero. Los vecinos eran alegres y observadores. En las tardes salían a conversar a las afueras de sus cabañas. Cada quien oteaba la bahía en espera del regreso de los pescadores, hasta que una tarde empezaron a notar el arribo de una nave misteriosa que anclaba en la ensenada. Lo intrigante era que nadie bajaba de a bordo. El arribo del barco coincidía con un airecillo delicioso que empezaba a soplar a las cuatro de la tarde.

Entre los vecinos corrió pronto el rumor: era el pirata Cromwell que había llegado a la ensenada para buscar una cueva donde enterrar su tesoro. Y los pescadores miraban con curiosidad que la nave aparecía de nuevo tras constantes salidas.

Cuando el pirata hacía su entrada, todo mundo exclamaba: "¡Ya llegó el Coromuel!", descomponiéndose así el apellido del torvo pirata, que bautizó la brisa que cada atardecer, en tiempos de verano, nos salva del intenso calor.

Todavía entre los pescadores del Esterito existen los que se apostan en el puente esperando la visita de Cromwell.



# LAS CIRUELAS DEL MOGOTE

La Paz se jacta de poseer no sólo sus bellísimos atardeceres, famosos en todo el mundo, sino un hechizo muy particular en el paisaje que hace que cada visitante encuentre algo atraente que lo detiene en la contemplación. Y además posee varias leyendas. He aquí una de ellas.

Frente a la ciudad existe el morro El Mogote, una península arenosa que forma la tranquila ensenada de La Paz, donde dice la leyenda que había dos tribus rivales: los aripas y los guamichis. Los primeros se asentaban al sur del trozo de tierra, y los últimos en la punta norte.

Cuentan que un día los aripas, que eran feroces con sus enemigos, raptaron a la princesa Immigná, hija del rey guamichi, que era muy bella. El soberano estaba inconsolable, al grado que envió diversas embajadas a suplicar al jefe de los aripas que le devolviesen a su hija, sin resultado positivo. El rey guamichi urdió y llevó a cabo toda clase de planes, pero ninguno de ellos dio tampoco el resultado apetecido.

Un día tuvo la luminosa idea de llenar un caparazón de caguama con frescas ciruelas de las que allí se daban, y lo envió al raptor de Immigná. Se dice que gustaron tanto estas ciruelas al rey aripa, que de inmediato ordenó la devolución de la princesa secuestrada.

Desde entonces, dicen que reinó la paz entre ambas tribus y jamás volvieron a tener rivalidades.

De aquí nace aquello de que el que come ciruelas del Mogote se queda en La Paz para siempre, o si se va, regresa otra vez, pues las ciruelas son el imán tradicional.



